

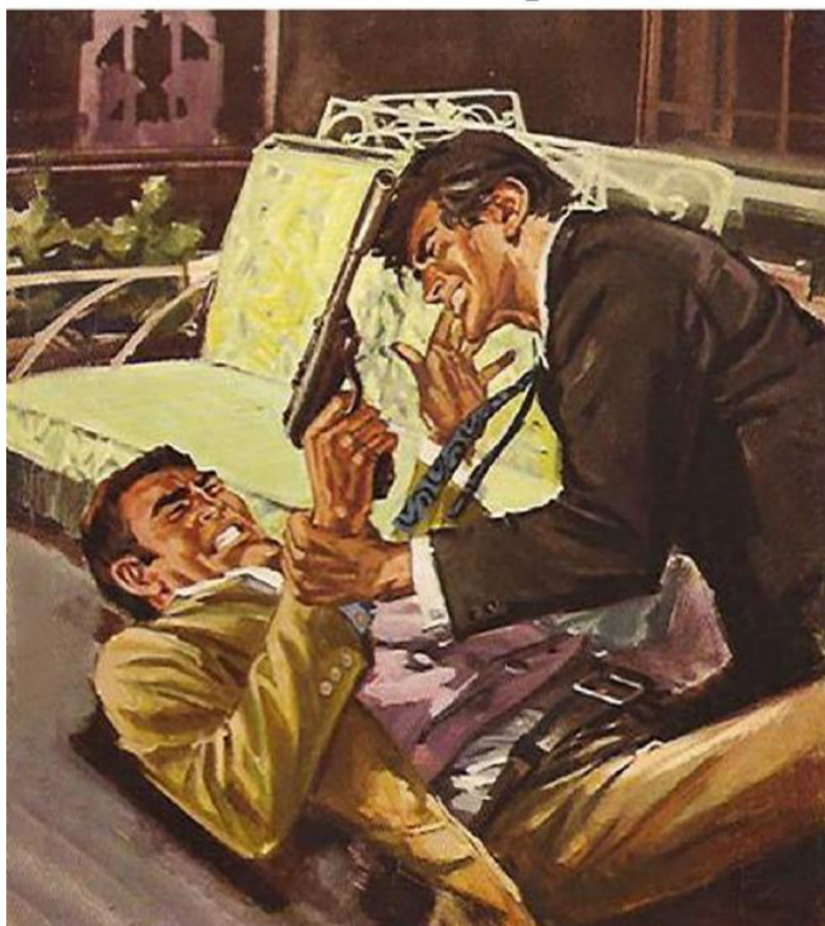
BOLSILIBROS BRUQUERA

PUNTO

ROJO

LA CHISTERA

Joseph Berna



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.388 - El pintor, la rubia y el osito.

En Colección **KANSAS**:

843 - La elección de miss Oklahoma.

En Colección **COLORADO**:

841 - Un osado californiano.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL**:

164 - La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL**:

261 - Concierto de "Colt" en "Do" mayor.

En Colección **PUNTO ROJO**:

749 - El muerto tiene cosquillas.

JOSEPH BERNA

LA CHISTERA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 785
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 11.823 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1977

1ª edición en América: julio, 1985

© Joseph Berna - 1977

texto

© - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Detroit.

Capital del condado de Wayne.

En el estado de Michigan.

Una ciudad con cerca de dos millones de habitantes.

Y muchos granujas, siempre dispuestos a timar al prójimo.

Y muchos matones, siempre dispuestos a mandar al hospital a quien sea, por una determinada cantidad.

Y muchos pistoleros, siempre dispuestos a liquidar a la persona o personas que se les indique, por un fajo de billetes.

En una habitación de una calle cercana al puerto, cinco hombres, todos ellos en mangas de camisa, jugaban al póquer.

Alex Duman, un tipo moreno, de veintiocho años de edad, alrededor de 1,80 de estatura, unos setenta y cinco kilos de peso, ojos negros, nariz recta y mentón firme, dejó el mazo de naipes sobre la mesa, redonda, cubierta por un tapete de paño verde, e indicó:

—Corta, Booth.

El llamado Booth, un sujeto alto y delgado, con cara de vender a su propio padre por sólo un par de dólares, alargó la zarpa diestra, atrapó una veintena de cartas, levantándolas apenas medio centímetro, y las dejó al lado de las otras.

Alex Duman levantó el otro montón de naipes y los puso sobre los que había separado Booth.

A continuación, cogió la baraja, se la puso en la mano izquierda, y comenzó a repartir.

Lo hizo con mucha ligereza, demostrando su experiencia en aquellos menesteres.

Segundos después, cada jugador tenía en sus manos las cinco cartas correspondientes.

—¿Booth...? —inquirió Alex.

Booth depositó cincuenta dólares en el centro de la mesa, sobre los otros cincuenta que ya había en el tapete, diez por cada jugador.

—Abro con cincuenta —masculló.

—Voy —gruñó Gannon, un tipo tan alto como Booth, pero mucho más corpulento, dejando sus cincuenta dólares sobre el tapete.

—También yo —rezongó Weiss, imitando a Gannon y a Booth.

Weiss era un individuo de mediana estatura, pero ancho de hombros y pecho musculoso.

—Y yo —dijo Jacky Ross, el quinto jugador, apresurándose a poner sus cincuenta pavos. Era un tipo tan alto y tan grandote como Gannon, tenía el pelo rubio, la cara simpática, y aparentaba unos treinta años.

—También yo voy, chicos —sonrió Alex Duman, depositando la suma correspondiente.

En el centro de la mesa ya había, pues, trescientos dólares.

Booth arrojó dos cartas sobre el tapete.

—Dame dos, Duman —rezongó.

Alex se las sirvió rápidamente.

—Otras dos para mí —pidió Gannon.

—Ahí van —dijo Alex, sirviéndoselas.

—Yo sólo quiero una —hizo saber Weiss.

—Ahí la tienes.

—Yo estoy servido, Alex —dijo Jacky Ross, con una sonrisa presuntuosa.

Booth, Gannon y Weiss fruncieron el ceño.

Era la tercera mano consecutiva que el rubio decía estar servido.

Y en las dos anteriores, su juego había sido superior al de los demás, por lo que se había embolsado la nada despreciable suma de mil trescientos dólares en total.

Alex Duman, en lugar de fruncir el ceño, como los otros tres jugadores, sonrió.

Alex y Jacky eran amigos desde hacía bastantes años. Excelentes amigos.

De ahí que a Alex no le contrariase que Jacky estuviese de nuevo servido, sino todo lo contrario.

—Yo me serviré dos —dijo Alex.

Booth, mirando al rubio, rezongó:

—Maldita sea, Ross. ¿Es que tienes una pata de conejo?

—¡Oh, no! —rió Jacky—. Las patas de conejo huelen muy mal.

—¿Algún otro amuleto, entonces? —inquirió Gannon.

El rubio sacudió la cabeza.

—Nada de amuletos, chicos. Yo no creo en esas cosas.

—¿Y a qué se debe la potra que tienes esta noche? —masculló Weiss.

—Las rachas de suerte van y vienen caprichosamente, muchachos. Ya os tocará el turno a vosotros, no os preocupéis.

Se escucharon algunos gruñidos.

Alex Duman indicó:

—Tú hablas, Booth.

Booth observó de nuevo sus cartas.

No tenía un mal juego, no.

Pero tampoco era demasiado bueno.

Inferior, desde luego, a los que había mostrado el rubio Ross en las dos últimas manos.

Pese a ello, puso cien dólares en el centro de la mesa.

—¿Gannon...? —inquirió Alex.

Gannon, que tampoco tenía un juego muy allá, fue menos audaz que Booth.

—Paso —gruñó, arrojando las cartas.

—¿Weiss? —preguntó Alex.

Weiss observó sus cartas una vez más antes de decidirse.

Tenía un trío de reyes y una pareja de ases.

Un *full* nada despreciable.

¿Podría vencer con él a Jacky Ross?

Decidió intentarlo.

—Cien dólares, y otros doscientos —dijo, depositando el dinero en el centro de la mesa.

—Ahí van mis trescientos, más otros quinientos —dijo Jacky, sin necesidad de meditar nada.

Sobre el tapete había ya mil quinientos dólares.

Era la mano más importante de las jugadas hasta entonces.

Alex Duman hizo un gesto de impotencia y arrojó sus cartas sobre la mesa, diciendo:

—Mi juego no presta para tanto, Jacky.

—Ni el mío, maldita sea —rezongó Booth, arrojando las suyas.

Jacky Ross miró a Weiss.

—¿Tampoco el tuyo, Weiss? —preguntó, sonriendo.

—Lo estoy meditando, Ross —gruñó Weiss.

—Medita, muchacho, medita cuánto quieras. No hay prisa —respondió el rubio, atrapando su cajetilla de emboquillados.

Con pasmosa tranquilidad, se llevó uno a los labios y le prendió fuego con su encendedor de gas.

Expulsó el humo lentamente, recreándose en la acción.

La tranquilidad de Jacky Ross contrastaba fuertemente con el nerviosismo que, pese a sus esfuerzos por disimularlo, evidenciaba Weiss.

También Booth y Gannon estaban nerviosos, aguardando la decisión de Weiss, su compañero de juergas y fechorías.

Alex Duman se veía tan tranquilo como Jacky Ross.

Se diría que estaba seguro de que el rubio iba a ganar por tercera vez consecutiva.

Esto era lo que se temían Booth y Gannon.

Y el propio Weiss.

El silencio en la habitación era absoluto.

Jacky Ross lo rompió, inquiriendo:

—¿Cómo va tu meditación, Weiss?

Weiss se humedeció los labios con la lengua.

—Ya estoy casi decidido.

—Me alegro —sonrió Jacky.

Weiss acabó de decidirse.

Y su decisión no fue otra que jugárselo el todo por el todo.

En un intento de asustar al rubio.

Empezó a contar billetes, muchos billetes.

Luego, los puso sobre los otros, diciendo:

—Tus quinientos, Ross, y quinientos más.

Booth y Gannon abrieron la boca, perplejos.

Ninguno de los dos esperaba que Weiss se mostrase tan audaz.

Era demasiado lo que arriesgaba.

Sobre todo, teniendo en cuenta la racha de suerte que estaba atravesando Jacky Ross.

Alex Duman se limitó a sonreír.

Seguía estando tranquilo, muy tranquilo.

Jacky también sonrió.

—Debes llevar un juego excelente, ¿eh, Weiss?

—Mejor que el tuyo, Ross —respondió Weiss.

El rubio chascó la lengua repetidas veces.

—Eso aún está por ver, muchacho.

—Pon quinientos dólares más y en seguida se verá.

Jacky rió.

—No tengo tanta prisa por descubrir tu juego, Weiss.

Weiss no pudo reprimir un respingo.

—¿Qué quieres decir, Ross? —murmuró.

—Que además de los quinientos, voy a poner otros mil —respondió Jacky, y empezó a contar billetes.

Weiss se puso pálido.

Jacky acabó de contar los mil quinientos dólares y los dejó sobre los otros dos mil quinientos.

Cuatro mil dólares...

Una suma tentadora de verdad.

Jacky miró a Weiss.

—Imagino que también necesitarás meditarlo esta vez, ¿no, Weiss?

Weiss no respondió.

Miró a sus compañeros, casi con temor.

«¡Estúpido!», le pareció que le decía Booth con la mirada.

«¡Burro!», le pareció que le decía Gannon.

«Lo soy, muchachos, lo soy», les respondió Weiss, también con los ojos.

Seguidamente, bajó la cabeza y dejó caer las cartas sobre la mesa.

—¿Debo entender que te retiras, Weiss...? —preguntó Jacky.

—¡Sí, maldita sea! —gritó Weiss, descargando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Tranquilo, muchacho, tranquilo! —rió Jacky, dejando sus cartas sobre el tapete, boca abajo.

A continuación, alargó sus manos hacia los cuatro mil dólares.

—¡Venid con papá, hijitos!

Alex Duman también rió.

Weiss, Booth y Gannon, continuaron serios.

De pronto, el primero estiró la mano y atrapó las cartas que había dejado el rubio sobre el tapete.

Jacky quiso impedirlo, pero no llegó a tiempo.

Las cinco cartas ya estaban boca arriba.

Weiss no podía creer lo que estaba viendo. Tampoco Booth.

Ni Gannon.

Lo mismo le sucedía a Alex Duman.

Los cuatro miraban con ojos agrandados el juego de Jacky Ross.

¿El juego...?

¡El mal juego!

¡El pésimo juego!

Una pareja de caballos y otra de sietes.

¡Dos simples parejas!

¡Y con ellas había llegado a apostar casi dos mil quinientos dólares!

¡El rubio debía estar loco!

No.

Loco no estaba.

Pero sí furioso, por lo que había hecho Weiss.

Mirando duramente a éste, inquirió:

—¿Quién te dio permiso para descubrir mis cartas, Weiss?

Weiss, que ya no estaba pálido, sino rojo de cólera, ladró:

—¡Te has burlado de mí, Ross!

—Yo no me he burlado de nadie.

—¡Yo tenía un trío de reyes y una pareja de ases!

—Un magnífico *full*, sin duda.

—¡Que no me ha servido de nada!

—Si no te hubieras rajado, te habría servido de mucho.

—¿Cómo iba yo a sospechar que sólo tenías un par de ridículas parejas?

—Yo no tengo la culpa de que no sepas olfatear cuándo un jugador va de «farol».

Las pupilas de Weiss llamearon.

—¡Maldito...! —masculló, y disparó el puño derecho, hacia el rostro del rubio.

CAPÍTULO II

Jacky Ross apartó la cabeza con rapidez.

Pero con mayor rapidez todavía había partido el puño de Weiss.

De ahí que el rubio no lograra esquivar el golpe, aunque sí que no le alcanzara de lleno.

De todos modos, fue suficiente para que Jacky se viese impulsado hacia atrás y cayese al suelo, derribando su silla.

Dió una vuelta de campana y quedó a cuatro patas.

Weiss ya se había puesto en pie, dispuesto a seguir golpeando al rubio.

Alex Duman también se levantó de su silla.

Lo mismo hicieron Booth y Gannon.

Éstos, por el momento, no parecían tener intenciones de intervenir en la pelea, lo cual hizo que también Alex se quedase quieto.

Weiss fue hacia el rubio.

Jacky se puso en pie, y cuando Weiss disparó de nuevo la diestra, le desvió el puño con el antebrazo zurdo, para, una fracción de segundo después, estrellarle los nudillos del puño derecho en las narices.

Weiss pego un chillido y salió catapultado hacia atrás, cayendo al suelo poco después, con la nariz machacada y sangrante.

Empezó a retorcerse de dolor, cubriéndose la cara con las manos.

Booth y Gannon atirantaron los músculos faciales.

El segundo hizo ademán de avanzar hacia Jacky Ross, pero Alex Duman lo detuvo, poniéndole una mano en el hombro.

—El asunto no va contigo, Gannon.

Éste giró bruscamente la cabeza y masculló:

—Ross le ha destrozado las narices a Weiss.

—Weiss le pegó primero —recordó Alex.

—Y con razón. Ross le tomó el pelo.

—A todos nos lo tomó —intervino Booth.

—Eso no es verdad —repuso Alex—. Jacky cometió la locura de apostar fuerte con un mal juego, y le salió bien, eso es todo.

—Quítame la mano de encima, Duman —ordenó Gannon.

—Déjalo que se acerque, Alex —indicó Jacky, escupiéndose en las manos—. El también «cobrará».

—Está bien, adelante —dijo Alex, retirando su mano del hombro de Gannon.

Éste fue hacia el rubio, mascullando:

—Te voy a obligar a escupir todos los dientes, Ross.

—Ya será menos, Gannon —sonrió Jacky.

—¡Toma, éste para empezar! —rugió Gannon, largándole un derechazo tremendo.

Jacky burló el golpe con habilidad y respondió con un trallazo a la boca.

¡Y qué trallazo!

Jack Dempsey, el gran campeón de los pesos pesados, no hubiese tenido inconveniente en firmarlo.

Ni Joe Louis.

Ni Rocky Marciano.

Fue un golpe terrorífico de verdad.

Gannon se fue hacia atrás, aullando como un coyote, tropezó en una silla y se derrumbó, con la boca llena de sangre.

Se vio obligado a escupir tres dientes.

Y otros dos se le quedaron bailando, amenazando con desprenderse también.

Menos mal que tenía un primo dentista, y el arreglo bucal no le resultaría demasiado caro.

Jacky Ross, irónico, preguntó:

—¿Sabes cómo se prepara la sopa de ajo, Gannon?

—¡Bastardo...! —barbotó Gannon, incorporándose.

Weiss, con un apéndice nasal que parecía una berenjena al horno, se levantó también, rugiendo:

—¡Te voy a trincar, Ross!

—¡Eh, Weiss, que no soy un pavo! —repuso Jacky, riendo.

—¡Yo también quiero sacudirle! —masculló Booth.

—¡Admitido en la pelea, muchacho! —dijo Ross.

—Te echaré una mano, Jacky —intervino Alex Duman, y le atizó con la diestra a Booth, que era el más próximo a él.

Sonó un chasquido y Booth retrocedió muy de prisa, chocó violentamente contra la pared, y de allí se fue al suelo, quedando inconsciente.

Jacky Ross se puso a aplaudir.

—¡Buen golpe, Alex! ¡Booth se ha dormido sin necesidad de tomar pastillas!

Duman sonrió.

—Así parece, Jacky.

—Weiss para ti y Gannon para mí, ¿vale? —sugirió el rubio.

—Vale.

—¡Vamos allá! —exclamó Jacky, saliendo al encuentro de Gannon.

Alex esperó a Weiss.

No tuvo que esperar mucho, pues éste fue hacia él como un toro con banderillas de fuego.

Y como tal embistió.

Alex, que había tenido oportunidad, al igual que Jacky, de presenciar varias corridas de toros en México, estuvo a punto de darle un pase de pecho, pero al recordar que no tenía muleta, optó por frenarlo con un mazazo al plexo solar.

La caja torácica de Weiss resonó como el bombo de una banda de pueblo.

Es decir, a bombo malo.

Weiss se detuvo en seco y abrió las fauces.

Por un momento creyó que se encontraba en la luna, pues no había atmósfera a su alrededor.

Sí la había, claro.

Lo que le sucedía a Weiss era que el mazazo de Alex le había cortado en seco la respiración, y no encontraba el modo de llevar aire a sus pulmones.

Su rostro se amorató en muy pocos segundos.

Alex sintió pena de él y lo mandó al suelo de un zurdazo.

¡Y qué zurdazo!

Si llega a darlo en presencia de un promotor de boxeo, éste lo contrata para intervenir en la velada más próxima.

Weiss quedó sin sentido, claro.

Como Booth.

Entretanto, Jacky había logrado burlar el hachazo que le soltó Gannon, y contraatacar con un castañazo al rostro.

Gannon acusó el golpe, pero no cayó al suelo.

Intentó de nuevo alcanzar con sus puños a Jacky Ross, pero no lo consiguió, pues el rubio, pese a su gran corpulencia, se movía con mucha agilidad.

Como un peso mosca, vamos.

Jacky hundió su zurda en el hígado de Gannon.

—¡Huag...! —bramó éste, doblándose hacia adelante.

Dio la impresión de que saludaba al rubio.

Muy versallescamente.

—¡A mi reverencias no, muchacho! —dijo Jacky, poniendo en marcha su gancho de derecha.

Gannon se desdobló al instante, dando un grito.

Jacky le colocó un puño entre las cejas.

Fue el final de la pelea, pues Gannon cayó todo de una pieza, como si fuera una pared, y ya no se movió.

—¡Esto se acabó, Alex! —exclamó él rubio Ross.

—Sí, la pelea ha concluido —dijo Duman.

—¡Y con la victoria de los buenos sobre los malos, como en las películas del Oeste! —añadió Jacky, riendo.

Alex sonrió.

—Recojamos nuestro dinero y larguémonos de aquí, Jacky.

—Eso precisamente iba a sugerirte, Alex.

Alex Duman recogió su dinero y se puso la chaqueta.

Jacky Ross hizo lo propio.

Seguidamente, abandonaron la habitación.

Mientras descendían las escaleras, Alex inquirió:

—¿Cómo pudiste atreverte a apostar tan fuerte, llevando solo dos simples parejas?

Jacky rió.

—Estaba seguro de que Weiss se asustaría como un conejo, y así fue. En las dos manos anteriores había mostrado excelentes juegos, y era lógico pensar que Weiss creyese que de nuevo tenía un juego superior al suyo.

—¿Y si no llega a asustarse...?

El rubio volvió a reír.

—¡Ahora estaría más limpio que un calcetín!

—Y yo tendría que prestarte unos dólares para poder comer.

—Hombre, otras veces te los he prestado yo a ti, ¿no? —recordó Jacky.

Alex sonrió.

—Sí, eso es verdad.

Jacky palmeó la espalda de su amigo.

—¡Olvidémonos de lo que pudo haber sucedido y pensemos sólo en que la noche se nos ha dado magníficamente, Alex! ¿Qué te parece si nos damos una vuelta por La Chistera, para celebrarlo?

—¿Pagarás tú las consumiciones?

—¡Naturalmente!

—Siendo así...

Alcanzaron la calle.

Un taxi libre pasaba por allí en aquel momento.

Jacky se puso los dedos en la boca y largó un silbido.

El taxi se detuvo junto a la acera.

Alex y Jacky subieron a él.

El taxista giró la cabeza.

—¿Dónde los llevo, caballeros?

—Al club La Chistera, amigo —indicó Alex.

—¡Y rápido, que nos esperan dos hembras de campeonato! —agrego Jacky.

Alex y Jacky rieron a dúo.

CAPÍTULO III

La Chistera era uno de los clubs nocturnos más importantes de Detroit.

Tan sólo un par de años atrás, sin embargo, era un local mediocre, con muy pocos atractivos para el público.

Fue entonces cuando Gary Fox, su actual propietario, lo adquirió, reformándolo de arriba abajo.

Tan importante fue la reforma, que ésta le costó más dinero que la adquisición del club.

Pero Gary Fox era un lince para los negocios, y sabía que, en un plazo no demasiado lejano, recuperaría el dinero invertido.

Así fue.

El club La Chistera, gracias a su nuevo aspecto, y a la indudable categoría de los espectáculos que presentaba, empezó a atraer al público, y Gary Fox no sólo recuperó la suma invertida, sino que comenzó a obtener pingües beneficios.

Ahora, a los dos años escasos de la reforma, el club funcionaba de maravilla, lo cual hacía que Gary Fox se sintiese muy satisfecho de haberlo adquirido y transformado.

Cuando Alex Duman y Jacky Ross entraron en La Chistera, estaba teniendo lugar el primer pase de atracciones.

En aquel momento, sobre la circular pista, ocho esculturales mujeres, todas ellas con menos ropa encima de la necesaria para confeccionar el más atrevido de los bikinis, se movían al compás del alegre ritmo que estaban atacando los músicos.

Se trataba del *ballet* Mil Curvas.

Bastaba darles una fugaz ojeada a las ocho hembras, para comprender que el nombre del *ballet* estaba plenamente justificado, pues había curvas por todas partes.

Y vaya curvas.

A Jacky Ross se le pusieron unos ojos como platos.

—¡Cómo están las fulanas, Alex! —exclamó, sacudiendo una mano.

—Como para llevárselas de merienda al campo —dijo Duman.

—¡Y merendárselas a ellas, a las ocho!

Alex rió.

—Siempre he dicho que eres un glotón, Jacky.

—¡Ocupemos una mesa cercana a la pista! ¡Quiero verlas mejor!

—Me temo que eso no será posible.

—¿Por qué no?

—Todas están ocupadas.

—¡Allí hay una libre! —indicó Jacky, señalándola con el brazo.

En efecto.

Había una mesa desocupada.

Estaba prácticamente pegada a la pista de atracciones.

Y eso era lo raro.

Resultaba extraño que una de las mejores mesas del local, tal vez la mejor situada de todas, estuviese sin ocupar.

Alex sospechaba por qué.

—Te apuesto diez pavos a que esta mesa está reservada, Jacky.

—¿Cómo lo sabes?

—Es la única explicación lógica, muchacho.

El rubio rezongó algo en voz baja.

—¿Decías, Jacky...? —preguntó Alex.

—Que no hay derecho, hombre —gruñó Ross.

Duman lanzó un suspiro.

—Así es la vida, compañero.

—Yo tengo que ver mejor a esos ocho monumentos, Alex.

—Como no te compres un catalejo...

—Nada de catalejos, Alex. Las voy a ver desde aquella mesa. Y tú también las verás. Anda, vamos —indicó el rubio, tirando del brazo de su amigo.

Duman, mientras se dejaba llevar, vaticinó:

—Nos obligarán a dejarla a los pocos segundos de sentarnos, Jacky.

—Ya verás como no. Somos amigos de Gary Fox.

—¿Has dicho amigos, Jacky? —inquirió Alex, con ironía.

—Bueno, conocidos.

—Nos conoce, es verdad. Por eso precisamente no creo que

mueva un dedo por nosotros, como no sea para señalarnos la salida del club.

—Apuesto a que ya ha olvidado que intervenimos en una pelea en su local.

—¿Sólo en una, Jacky?

—Bueno, en dos.

—En cuatro.

—¿Tantas...?

—Sí, Jacky.

—Venga, sentémonos —indicó el rubio, porque ya estaban ante la mesa desocupada.

Se sentaron los dos.

Y examinaron a sus anchas a las componentes del *ballet* Mil Curvas, que continuaban con su atrevida actuación.

Jacky sonrió de oreja a oreja.

—¡Si las tenemos al alcance de la mano, Alex!

—Procura tener quieta la tuya, Jacky, o nos veremos en dificultades.

—No temas, sabré controlarme.

—A ver si es verdad.

En aquel momento llegó el encargado del local, un tipo de unos treinta y cinco años, alto, delgado, impecablemente vestido.

Llevaba apenas unas semanas en el club, y no conocía a Alex y a Jacky, ni sabía, por tanto, que éstos habían intervenido en cuatro de las peleas que, con bastante frecuencia, tenían lugar en La Chistera.

De haberlo sabido, es muy posible que no les hubiera sonreído tan cortésmente ni les hubiese hablado con tanta amabilidad:

—Perdón, caballeros, pero no pueden ocupar esta mesa; está reservada. Si tienen ustedes la bondad de acompañarme, les indicaré una que sí pueden ocupar.

—Nos gusta más ésta, amigo —respondió Jacky.

—Lo siento, créanme, pero está reservada, ya se lo dije.

—Sí, ya lo dijo.

—Por favor, les ruego que me acompañen a otra mesa.

Jacky se quedó mirando fijamente al encargado del club.

—¿Cómo se llama usted, amigo?

—Robert Neal, para servirles.

—Debe llevar poco tiempo trabajando aquí, ¿verdad?

—Tres semanas justas.

—Pues si quiere llegar al mes, olvídense de nosotros.

—¿Cómo? —Pestañeó el encargado.

—Que no insista usted en lo de que cambiemos de mesa, Robert, o Gary Fox le pondrá de patitas en la calle mañana mismo.

Robert Neal respingó ligeramente.

—¿Conocen ustedes al señor Fox...?

Jacky se echó a reír, mirando a Alex.

—¡Que si le conocemos, dice...! ¿Qué te parece, Alex?

Duman también rió, para seguir el juego del rubio.

—Muy gracioso, Jacky.

Éste se volvió hacia el encargado.

—Gary Fox y nosotros somos uña y carne, Robert.

—¡Oh! ¿De veras...?

—Como lo oye —corroboró Alex.

—De pequeños fuimos al mismo colegio —siguió mintiendo Jacky.

—Y peleamos juntos contra la banda de Tommy *el Lagartija* —añadió Alex.

—Casi siempre ganábamos nosotros, Robert —rió Jacky.

—Qué tiempos aquéllos, ¿eh, Jacky?

—Y que lo digas, Alex.

—Y qué ocho pares de piernas...

—Y qué ocho pares de otras cosas...

Alex y Jacky dijeron esto último porque ya estaban de nuevo observando a las explosivas componentes del *ballet* Mil Curvas.

El encargado del club no sabía qué decisión tomar.

Si insistía en que aquellos dos hombres, que decían ser grandes amigos de Gary Fox, cambiasen de mesa, ellos se molestarían, se lo harían saber al propietario del club, y él podría verse en problemas.

Si les permitía continuar ocupando aquella mesa, y se presentaban las personas que la habían reservado, también tendría problemas.

¿Qué hacer, entonces?

—Robert, ocúpese de que nos sirvan una botella de champaña —indicó Jacky, sin dejar de observar a las bailarinas.

—Del mejor champaña —añadió Alex, fijos también los ojos en las ocho esculturas que se movían como anguilas por la pista.

—En seguida, caballeros —respondió el encargado, alejándose de la mesa.

Jacky miró a su amigo y gruñó:

—¿Por qué has pedido que la botella sea del mejor champaña?

—Porque me gustan las cosas buenas —respondió Alex.

—Y un cuerno. La has pedido del mejor porque sabes que la voy a pagar yo.

Duman sonrió.

—¿Crees que el nuevo encargado se habrá tragado el cuento, Jacky?

—¡Seguro! —rió el rubio, olvidándose del champaña.

—Como se le ocurra hablarle de nosotros a Gary Fox...

—Oh, no lo hará, no te preocupes.

Alex compuso una mueca.

—Tuviste un fallo, Jacky.

—¿Yo?

—Le dijiste al encargado que de pequeños fuimos al mismo colegio que Gary Fox.

—¿Y qué?

—Diablos, que Gary Fox debe tener unos cuarenta y dos años.

Jacky rompió a reír.

—¡Qué fallo tan gordo, Alex! Menos mal que el encargado no ha caído...

—Pero puede caer de un momento a otro.

—No seas pesimista, hombre.

Alex iba a decir algo, pero se detuvo.

Miró a las dos féminas que se habían aproximado a su mesa.

Jacky también las miró.

Había mucho que mirar.

Y que admirar.

Una era morena; la otra, rubia platino.

Ambas eran altas y tenían el rostro muy atractivo.

Los vestidos de noche, muy ceñidos, señalaban descaradamente sus excepcionales formas, y los escotes de los mismos eran de lo más tentador.

Bueno, lo realmente tentador no eran los enormes escotes, sino lo que éstos dejaban ver, que era casi todo.

La rubia platino, con una sonrisa estudiada, preguntó:

—¿Podemos sentarnos, muchachos?

—¡Claro! —Autorizó Jacky.

—Gracias —dijo la morena, con una sonrisa igualmente profesional.

La rubia platino se sentó al lado de Alex y la morena lo hizo junto a Jacky.

En aquel instante llegó un camarero, portando en su bandeja la botella de champaña, dentro de un cubo con hielo, y un par de copas.

Lo depositó todo sobre la mesa.

—Traiga un par de copas más, amigos —indicó Alex.

—En seguida, señores —respondió el camarero, alejándose.

Jacky rodeó con su brazo los desnudos hombros de la morena y la atrajo hacia sí.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Rosemarie. ¿Y tú?

—Jacky.

—Yo me llamo Shelley —se presentó la rubia platino, cuya cintura había abarcado Duman.

—Alex es mi nombre.

El camarero regresó con las otras dos copas, descorchó la botella de champaña y llenó las cuatro copas.

—Por vosotras, chicas —dijo Jacky, levantando su copa.

—Y por la velada tan estupenda que vamos a pasar —añadió Alex, levantando la suya.

La morena y la rubia platino levantaron también sus copas y se las acercaron a los labios.

Unos labios que sonreían, prometiendo muchas cosas.

Gary Fox, un tipo de estatura corriente, fuerte, no mal parecido, escancié *whisky* en un vaso.

Le temblaba la mano que sostenía la botella.

Estaba pálido.

Nervioso.

Asustado.

Aterrorizado, más bien.

Llevaba así algunos minutos.

Desde que había leído, en una de las páginas del periódico que tenía sobre la amplia mesa de su despacho, la noticia de que Stan

Quincey, el peligroso *gángster*, había logrado evadirse de la prisión en donde había estado recluido desde hacía dos años.

El juez le condenó a veinte.

Stan Quincey no había querido esperar tanto.

Primero, porque no es agradable permanecer veinte largos años entre rejas.

Segundo, y más importante, porque se había jurado a sí mismo acabar personalmente con Gary Fox, el hombre que le traicionó.

Por su causa cayó en manos de la policía.

Y eso, Stan Quincey no se lo perdonaba ni a su padre.

Gary Fox sabía que Quincey quería matarle.

De ahí el terror que sentía.

Stan Quincey no tardaría en aparecer por Detroit, y nada ni nadie podría evitar que le acribillase a balazos.

Ni siquiera la policía.

Quincey era un tipo tremendamente astuto.

Acababa de demostrarlo, fugándose de la prisión.

Gary Fox no tenía más remedio que huir.

Lo más lejos posible.

Y cuanto antes.

Era la única posibilidad de librarse de la muerte.

Se iría a Europa.

Y no regresaría a Detroit mientras no supiese, con certeza, que Stan Quincey había sido capturado de nuevo por la policía.

O muerto.

Sí.

Tenía que abandonar Detroit lo más rápidamente posible.

¿Y el club?

Lo vendería.

Le dolía tener que deshacerse de La Chistera, pero no tenía alternativa.

Los pensamientos de Gary Fox se vieron bruscamente interrumpidos por unos golpes dados en la puerta.

El propietario de La Chistera dio tal respingo que el vaso de *whisky* que tenía en las manos estuvo a punto de irse al suelo.

«¡Stan Quincey!», gritó para sus adentros, sintiendo que las rodillas le flaqueaban.

—¿Señor Fox? —dijeron desde el otro lado de la puerta.

Gary Fox expulsó todo el aire de sus pulmones.

No era Stan Quincey quién llamaba, sino Robert Neal, el nuevo encargado del club.

Había sido un tonto al pensar que se trataba del *gángster*.

Quincey no hubiese perdido el tiempo llamando a la puerta, sino que hubiera irrumpido violentamente en el despacho, pistola en mano, y ¡bang, bang, bang, bang...!

Gary Fox se estremeció sólo de pensarlo.

Se llevó el vaso a los labios y vació su contenido de un solo trago.

El *whisky* le devolvió un poco de color a su pálida cara.

—Adelante, Robert —respondió, procurando dar un tono normal a su voz, cosa que no logró.

La puerta se abrió, dando paso al encargado.

Gary Fox dejó el vaso vacío sobre el mueble bar y se volvió hacia Robert Neal.

—¿Ocurre algo, Robert?

—Tengo un problema, señor Fox —respondió el encargado.

—¿Qué clase de problema?

Neal se quedó observando el rostro del dueño de La Chistera.

—¿Se encuentra usted bien, señor Fox?

—Sí, estoy perfectamente —gruñó Gary Fox.

—Tiene mala cara...

—Olvídate de mi cara y háblame de tu problema.

El encargado tosió nerviosamente.

—Dos hombres han ocupado la mejor mesa del club, que había sido reservada por Gregory Felton.

—¿El banquero?

—Sí —asintió Neal.

—Diles que cambien de mesa.

—Ya lo hice, señor Fox.

—¿Y...?

—No quieren moverse de donde están.

—Oblígalos a ello. Y si ofrecen resistencia, échalos a la calle. Que te ayuden dos de los muchachos.

—Eso pensaba hacer, señor Fox, pero...

—¿Pero?

El encargado carraspeó ligeramente.

—Verá, es que esos hombres dicen ser grandes amigos suyos, y me aseguraron que usted me pondría de patitas en la calle si les obligaba a cambiar de mesa...

Gary Fox arrugó el ceño.

—¿Grandes amigos míos?

—Sí, señor Fox. Dicen que fueron con usted al colegio, y que pelearon juntos contra Tommy *el Lagartija* y su banda.

En el rostro de Gary Fox se reflejó el más absoluto desconcierto.

—¿Tommy el qué...?

—*El Lagartija* —repitió el encargado, sonriendo.

Gary Fox apretó los maxilares.

—Jamás conocí a ningún Tommy que se apodase así.

—¿Está seguro? —Respingó Neal.

—Tan seguro como que me llamo Gary Fox.

—Diablos, entonces los tipos me han tomado el pelo... —rezongó el encargado.

—De eso no te quepa ninguna duda.

—Ahora les diré yo a ellos...

—Espera un momento, Robert. ¿Mencionaron los tipos sus nombres?

El encargado dio una cabezada.

—Sí. Uno se llama Alex, y el otro Jacky.

El rostro del propietario de La Chistera empezó a congestionarse, al tiempo que sus ojos se empequeñecían, emitiendo destellos.

Con los puños fuertemente apretados, inquirió:

—¿Alex es moreno, y Jacky rubio?

Robert Neal puso cara de sorpresa.

—¿Cómo lo adivinó, señor Fox?

Gary Fox masculló una imprecación.

—Conozco a esos tipos, Robert. En cuatro ocasiones la armaron en el club.

—¿La armaron?

—La emprendieron a castañazos, quise decir.

—¡Oh! ¡Dos camorristas!

—Bueno, no exactamente. Ellos nunca provocan la pelea, pero tampoco le hacen ascos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Me temo que no, señor Fox.

—Que si alguien les busca las cosquillas, se las encuentra en

seguida.

—Oh, ahora lo entiendo. Son como una carga de dinamita, con la mecha apagada. Y a la más leve chispa...

—Se prende fuego la mecha y la carga estalla con gran potencia.

—Entonces, habrá que manejarlos con mucho tacto.

—Tú lo has dicho, Robert.

—¿Tiene idea de cómo podemos solucionar el problema, señor Fox?

Gary Fox se pasó la mano por la nuca.

—Déjame pensar, Robert.

—Piense rápido, señor Fox, no sea que lleguemos tarde.

—No me atosigues, Robert.

—Disculpe, señor Fox.

Robert Neal ya no se atrevió a abrir la boca.

Gary Fox empezó a pasear por su despacho.

De pronto, dio un respingo y exclamó:

—¡Ya lo tengo, Robert!

—¿De veras, señor Fox?

—¡Voy a venderles La Chistera a esos tipos!

CAPÍTULO IV

El *ballet* Mil Curvas había finalizado su primera actuación de la noche, retirándose, entre los aplausos del público, que ya estaba deseando que sus ocho componentes apareciesen de nuevo en la pista de atracciones.

Pero la siguiente atracción tampoco era moco de pavo.

Se trataba de las hermanas Venus, una pareja de contorsionistas.

Había que ver lo sanas que estaban las dos hermanas.

Y eso se veía en seguida, porque tanto la una como la otra eran más alérgicas todavía a la ropa que las chicas del *ballet* Mil Curvas.

Las hermanas Venus iniciaron su número.

Qué forma de contorsionarse...

En La Chistera se abrieron muchas bocas.

Todas masculinas, claro.

Entre ellas, la de Jacky Ross.

—¡Vaya cuerpos, Alex! —exclamó a media voz.

—Como para sacar sendos moldes, Jacky —dijo Duman, muy atento también a los movimientos de la pareja de contorsionistas.

—Ahora voy y me enfado —refunfuñó Rosemarie, la atractiva morena cuyos hombres rodeaba Jacky con su brazo.

—¿Por qué? —preguntó Ross.

—No se debe piropear a una mujer, cuando se está acompañado de otra —intervino Shelley, la rubia platino, molesta también.

Alex se apresuró a besarla en los labios.

—Tienes toda la razón, nena —dijo después—. Además, vosotras no tenéis nada que envidiar, físicamente, a las hermanas Venus.

—Nada en absoluto —dijo Jacky, besando a la morena.

Rosemarie y Shelley volvieron a sonreír como ellas sabían hacerlo, y se apretujaron más a Jacky y Alex.

—Buenas noches, muchachos —dijo una voz, en tono sumamente cordial.

Alex y Jacky se volvieron.

Ambos respingaron a un tiempo al descubrir ante ellos a Gary Fox, el propietario del club.

Y se desconcertaron bastante, al verle tan sonriente. Gary Fox apoyó una mano en el hombro de Alex.

—¿Qué, lo estáis pasando bien?

—¡Oh!, sí, muy bien, señor Fox —respondió Duman.

—Estupendamente —dijo Jacky.

—Me alegro. Hacía mucho tiempo que no os veía por aquí, muchachos.

—Sí, es verdad —respondió Alex.

—Casi dos meses —dijo Jacky.

Gary Fox rió.

—Demasiado, demasiado.

Alex y Jacky se miraron.

Seguían estando desconcertados, muy desconcertados.

—¿Os importaría venir unos minutos a mi despacho? —rogó Fox.

—¿A su despacho? —repitió Alex.

—Tenemos que hablar de negocios.

—¿Negocios? —Ahora fue Jacky quien repitió el final de la frase pronunciada por el dueño de La Chistera.

—Sí —cabeceó Fox.

Alex y Jacky volvieron a mirarse.

De pronto, el primero se levantó y dijo:

—Con mucho gusto, señor Fox.

Jacky, a una indicación de su amigo, también se levantó.

Alex miró a la morena y a la rubia platino.

—Volveremos en seguida, preciosas. Estaréis aquí, ¿verdad?

—Claro —respondió Shelley.

Alex le pellizcó la mejilla y se volvió hacia Gary Fox.

—Cuando quiera, señor Fox.

—Vamos, muchachos.

Gary Fox echó a andar hacia la puerta del corredor que había que atravesar para llegar a su despacho.

Alex y Jacky le siguieron.

Pasaron los tres por delante de Robert Neal.

El encargado estaba quieto como un poste, y tenía una cara muy

rara, producto de la perplejidad que le habían causado las últimas palabras pronunciadas por Gary Fox en su despacho.

Y es que Neal no lograba entender que Gary Fox quisiese deshacerse de La Chistera.

Éste, por supuesto, no le había dado ningún tipo de explicaciones. Después de decir que iba a venderles el club a Alex y a Jacky, salió rápidamente de su despacho, en busca de ambos, dejando al encargado con la boca abierta de par en par.

Gary Fox, Alex Duman y Jacky Ross ya estaban en el despacho del primero.

El propietario de La Chistera se aproximó al mueble bar, inquiriendo:

—¿Qué os apetece tomar, muchachos?

—*Whisky* —respondió Alex.

—Con un poco de hielo —añadió Jacky.

—Tomad asiento, mientras preparo las bebidas.

Alex y Jacky se sentaron en el sofá.

Un par de minutos después, Gary Fox les entregaba sendos vasos conteniendo una generosa cantidad de *whisky* con unos cubitos de hielo.

Fox, que también se había servido *whisky*, aunque sin hielo, ocupó la butaca que estaba a la derecha de Duman.

—Bien —suspiró—. Creo que podemos hablar ya de negocios, ¿no, muchachos?

—Estamos impacientes, señor Fox —confesó Alex.

—Muy impacientes —dijo Jacky.

Gary Fox rió.

—Es lógico, muchachos. Por eso voy a ir directamente al grano, sin ningún tipo de rodeos. Quiero vender el club, y quiero que lo adquiráis vosotros.

Alex y Jacky se quedaron estupefactos.

—¿Vender La Chistera...? —murmuró el primero.

—Sí —cabeceó Fox.

—¿Y que lo adquiramos nosotros...? —Galleó el rubio.

—Sí —volvió a cabecear Fox.

—Usted debe haberse vuelto loco, señor Fox —dijo Alex.

—¿Por qué?

—Una persona cuerda no se desharía de un club como La

Chistera por nada del mundo. Al menos, no en estos momentos. Es un negocio formidable.

Gary Fox asintió con la cabeza.

—Es un filón de oro, lo sé mejor que nadie. Pero me veo obligado a abandonar Detroit, y no sé cuánto tiempo estaré fuera. Tal vez años... No tengo más remedio que vender el club.

—¿Y cómo se le ocurrió pensar en nosotros? —preguntó Alex.

—Que casi siempre estamos sin blanca —agregó Jacky.

Gary Fox sonrió.

—Sois las personas ideales para llevar un club como La Chistera, muchachos. En cuanto a lo de que tengáis más o menos dinero, eso no importa.

—¿Que no importa, dice? —se extrañó Alex.

—En absoluto. Y luego os explicaré por qué. Ahora, decidme de cuánto dinero disponéis.

Alex y Jacky cambiaron una mirada.

—Yo tengo algo más de dos mil dólares... —dijo Duman.

—Y yo, casi seis mil... —dijo Ross.

Gary Fox lanzó un silbido de sorpresa.

—¡Ocho mil dólares en total! Es mucho más de lo que yo esperaba que tuvierais, muchachos.

—Esta noche estuvimos jugando al póquer con unos tipos, y no se nos dio mal —explicó Jacky, con una sonrisa.

—De todos modos, comparado con lo que usted debe tener pensado pedir por La Chistera, ocho mil dólares son una insignificancia —dijo Alex.

Gary Fox sacudió la cabeza.

—No, porque yo pensaba pedir la suma que vosotros tuvieseis, ni un centavo más. Tenéis ocho mil dólares, ¿no? Pues por esa cantidad os ofrezco el club.

Alex y Jacky se llenaron nuevamente de perplejidad.

—¿Que nos ofrece La Chistera por ocho mil dólares...? —balbuceó el rubio.

—Sí —asintió Fox.

—No puede estar hablando en serio, señor Fox... —murmuró Alex.

—Muy en serio, muchachos —aseguró Gary Fox—. Pongo, no obstante, dos condiciones. Primera: no podréis vender La Chistera

mientras yo esté ausente de Detroit, por mucho que os ofrezcan por él. Segunda: en cuanto yo regrese, me lo venderéis a mí, por la misma cantidad que pagasteis por él; es decir, por ocho mil dólares.

—Empiezo a entenderlo, señor Fox —cabeceó Alex—. Usted, lo que en realidad desea, es que nosotros cuidemos de La Chistera mientras esté fuera. Lo de la venta del club es un puro formulismo, para despistar o engañar a alguien.

Las pupilas de Gary Fox despidieron un leve chispeo.

—Eres un tipo listo, Alex.

—Di en el clavo, ¿verdad?

—Sí.

—¿A quién quiere despistar o engañar, señor Fox?

—A Stan Quincey, el *gángster* —confesó Gary Fox, sin poder evitar que su rostro palideciera ligeramente.

Jacky Ross respingó sobre el sofá.

—¡Quincey se fugó de la prisión, lo dicen los periódicos de hoy!

—Sí, se ha evadido —musitó Fox.

—¿Qué tiene usted que ver con Stan Quincey, señor Fox? —interrogó Alex.

—Sería muy largo de contar, y no puedo perder tiempo —respondió Fox—. Sí puedo deciros, sin embargo, que Quincey juró acabar conmigo. Por eso tengo que marcharme de Detroit.

—Y vender La Chistera...

—Sí. Quincey me odia tanto, que si yo dejase a alguien al cuidado del club, en lugar de venderlo, Quincey sería capaz de asesinarlo, por el simple hecho de trabajar para mí. O de colocar una carga de explosivos en algún lugar del local, para destruirlo por completo. En cambio, cuando se entere de que he vendido el club, se olvidará de todo eso. Él sólo quiere vengarse de mí, o de algo o alguien que esté relacionado conmigo, si es que no puede lograr lo primero. Espero que la policía lo atrape pronto, para poder regresar a Detroit y recuperar La Chistera.

—Si Quincey se enterase de que nos ha vendido usted el club por sólo ocho mil dólares, sospecharía inmediatamente que hay algo raro en la operación —observó Alex.

—Y nosotros estaríamos en peligro —agregó Jacky.

Gary Fox sonrió, para tranquilizarlos.

—Quincey no podrá enterarse, porque sólo vosotros dos y yo lo

sabemos. Ni siquiera Robert Neal, el encargado del club, está enterado.

—Bien. ¿Qué ganaremos nosotros de todo esto, señor Fox? —Quiso averiguar Alex.

—Eso —dijo inmediatamente Jacky.

Gary Fox se atusó la patilla izquierda.

—Bueno, depende del tiempo que yo tenga que permanecer lejos de Detroit... Cuanto más tarde en regresar, más ganancias obtendréis, pues todos los beneficios que produzca el club mientras tanto, serán para vosotros. Y puedo garantizaros que son muy cuantiosos.

—De eso estamos seguros —sonrió Alex.

—¿Qué, aceptáis?

—Por mí, encantado. ¿Tú qué dices, Jacky?

El rubio pensó en el peligroso *gángster* y estuvo a punto de pedirle a su amigo que se olvidase de La Chistera, pero luego pensó en las componentes del *ballet* Mil Curvas, en las hermanas Venus, y en las otras bellezas que sin duda actuarían también en el club, y cambió de idea.

—Yo también acepto, señor Fox.

—¡Magnífico! —exclamó Gary Fox, poniéndose en pie—. Ahora mismo me pongo a redactar el oportuno documento, para que todo esté en regla.

—Y luego tendrá que ponernos al corriente de todo —observó Alex, levantándose también.

—Por supuesto.

—Mientras redacta el documento, iré a decirles a las chicas que nos acompañaban que tardaremos más de lo previsto.

—Voy contigo, Alex —dijo Jacky, saltando del sofá.

—Será mejor que uno de vosotros se quede conmigo, para facilitarme los datos correspondientes —sugirió Fox.

—Quédate tú, Jacky —indicó Alex.

—¿Por qué no te quedas tú? —Gruñó el rubio.

—¿Ya empiezas a crearme problemas, socio? —repuso Alex, sonriendo, y echó a andar hacia la puerta, saliendo del despacho.

Cruzó el corredor.

Y luego, la puerta que comunicaba con el club.

Éste se hallaba ahora más iluminado que antes, pues había

finalizado ya el primer pase de atracciones.

La orquesta interpretaba *Summer Time*^[1].

Y, aunque se encontraban en pleno otoño, las parejas bailaban en la pista, casi todas ellas estrechamente abrazadas.

La lenta melodía invitaba a ello.

Alex Duman fue directamente hacia la mesa que había ocupado con Jacky, en donde continuaban Rosemarie y Shelley, con caras de aburrimiento.

—¿Dónde está Jacky? —preguntó la morena.

Alex hizo una mueca de contrariedad.

—Lo siento, chicas, pero a Jacky y a mí nos ha salido un trabajo, y vamos a estar ocupados un buen rato.

—¿Como cuánto? —inquirió la rubia platino.

—Una hora. Tal vez dos. No puedo precisarlo.

—Eso es mucho tiempo, Alex —dijo Rosemarie.

—Lo sé, preciosas. Por eso ni Jacky ni yo nos molestaremos si decidís buscar la compañía de otros clientes.

—Es posible que lo hagamos —respondió Shelley, tan seria como Rosemarie.

Alex cabeceó comprensivamente.

—Repito que lo siento, chicas —dijo, y empezó a alejarse de la mesa.

Apenas había dado unos pasos, cuando de pronto se detuvo.

En una de las mesas próximas, una pareja discutía, aunque sin alzar la voz.

El tipo era alto, atlético, tenía el cabello negro y lucía un cuidado bigote. La joven que le acompañaba, de unos veinticuatro años de edad, cabello rubio ceniza, tenía un rostro precioso de verdad y una figura maravillosamente perfecta.

Alex agudizó el oído, para ver si lograba captar las palabras que intercambiaba la pareja.

No lo consiguió.

Pero sí pudo ver lo que sucedió.

Y con mucha claridad.

La joven cogió su copa de champaña y arrojó todo su contenido a la cara de su acompañante.

El tipo del bigote cerró los ojos al instante, cegado momentáneamente por el champaña.

A Alex le pareció que el sujeto soltaba un taco.

Y debió ser muy gordo, porque la bella joven se levantó de la silla y cogió su bolso, dispuesta a marcharse.

No pudo hacerlo.

El tipo del bigote, que ya había abierto los ojos, la agarró por un brazo y se puso en pie también.

Un segundo después, su mano derecha restallaba en la mejilla de la joven.

La bofetada fue tan dura, que la muchacha cayó sobre su silla, dando un grito.

Alex no esperó más.

Avanzó rápidamente hacia la mesa de la pareja.

CAPÍTULO V

Cuando Alex Duman estuvo ante la mesa, tocó el nombro del tipo del bigote.

Éste giró la cabeza inmediatamente.

Entonces, Alex le «tocó» otra cosa.

Con los nudillos del puño diestro. Fue un puñetazo tremendo.

La quijada del tipo crujió y éste se vino abajo de manera fulminante.

En el suelo quedó, privado totalmente del sentido.

Robert Neal, el encargado del local, ya corría hacia el lugar del incidente, mientras pensaba: «¡Qué castañazo, madre!».

Alex indicó:

—Ocúpese de que saquen al tipo a la calle, Robert. Necesita un poco de aire fresco.

«¿Un poco de aire fresco, o que le escayolen la mandíbula?», estuvo a punto de preguntar el encargado, pero no se atrevió.

Hizo una seña a dos de los camareros y éstos se acercaron rápidamente.

Cargaron con el cuerpo inanimado del tipo del bigote, llevándoselo.

—Es todo, Robert —dijo Alex.

Por la forma en que éste le hablaba, Neal empezó a sospechar que lo de la venta de La Chistera era ya un hecho, y sin hacer ninguna pregunta al respecto, se alejó.

Alex se volvió hacia la bella joven de cabello rubio ceniza.

Ella continuaba sentada, la mejilla izquierda muy colorada, a causa de la bofetada, y miraba, un tanto perpleja, al hombre que había salido en su defensa.

Alex le sonrió.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí... —musitó ella, levantándose.

—Soy Alex Duman, uno de los nuevos propietarios de La Chistera.

—Maggie Simpson es mi nombre.

—¿Me permite que la invite a una copa en el bar? Aquí nos mira demasiada gente.

Era cierto.

El incidente había llamado la atención de un buen número de personas, que no apartaban los ojos de Alex y de la joven.

Ella, dándose cuenta también de que estaban siendo observados, respondió:

—Acepto encantada, señor Duman.

—Oh, no, nada de señor Duman. Simplemente Alex.

La joven sonrió.

—Vamos, Maggie —dijo Alex, tomándola del brazo.

La llevó hacia el bar.

Ocuparon dos de los taburetes del final de la barra, para poder conversar tranquilamente, sin curiosos cerca.

—¿Qué quiere tomar, Maggie? —preguntó Alex.

—Brandy, por favor.

—Dos *brandys* —pidió Alex a uno de los tipos que atendían el bar.

El empleado, un muchacho joven, pelirrojo, sonrió.

—Tiene usted una derecha demoledora, amigo.

—Gracias —sonrió también Alex.

El pelirrojo les sirvió las bebidas y se alejó.

—Yo aún no se las he dado por haber salido en mi defensa... —dijo Maggie Simpson.

—No es necesario. Lo que siento es no haber podido impedir que el tipo la golpease.

Las pupilas de la joven brillaron.

—Es un salvaje... —musitó.

—¿Por qué fue la discusión? —inquirió Alex.

—El tipo se llama Ralph Ellery. Nos conocimos hace poco. Al principio, me pareció un hombre amable y correcto, que estaba interesado por mí y llevaba buenas intenciones, pero me equivoqué... Es un lobo, que se disfrazó de cordero para confiarme, y poder luego aprovecharse de mí. Esta noche lo descubrí.

—Hay muchos tipos así.

—Por desgracia.

—¿Trabaja usted, Maggie?

—Sí; en una oficina. Soy mecanógrafa.

—¿Vive sola?

—Sí.

—¿Lejos de aquí?

—Bastante.

Alex sonrió.

—No piense usted que estoy tratando de averiguar su dirección, Maggie.

—No tengo inconveniente en dársela. Suponiendo que quiera conocerla, claro.

—Bueno, confieso que me gustaría. Así podría hacerle alguna visita. ¿No le importaría?

—Siempre que no sea usted otro lobo disfrazado de cordero...

—Oh, no, le juro que no.

La joven le dijo dónde vivía.

—Tal vez mañana por la tarde me deje ver por su apartamento —anunció Duman.

—Será usted bien recibido, Alex.

—Me gustaría acompañarla ahora a su casa, Maggie, pero no me es posible. Tengo un negocio entre manos que debo resolver.

—No se preocupe. Tomaré un taxi.

—Yo se lo conseguiré.

—Gracias.

Alex y Maggie descendieron de sus respectivos taburetes.

—¡Eh, campeón! —llamó el pelirrojo que les había servido las bebidas.

Alex volvió la cabeza.

—¿Ocurre algo, muchacho?

—Que se marchan ustedes sin pagar. ¿Le parece poco?

Alex sonrió con ironía.

—¿Desde cuándo el dueño de un club paga lo que toma en él?

El pelirrojo pestañeó.

—El dueño de La Chistera es el señor Fox...

—Lo era, muchacho. Acaba de venderlo. A dos tipos llamados Jacky Ross y Alex Duman. Y este último soy yo.

El pelirrojo abrió la boca.

—¿Es eso cierto? —balbució.

—Lo es, Archie —confirmó Robert Neal, que se había acercado a la barra.

El pelirrojo carraspeó nerviosamente.

—Lo siento, señor Duman. Cómo iba yo a saber...

—Olvídalo, Archie —sonrió Alex—. Y gracias por llamarme campeón. Vamos, Maggie —indicó a la joven, tomándola del brazo.

Caminaron los dos hacia la salida del club.

Poco después, Alex detenía un taxi.

Maggie Simpson subió a él.

—Adiós, Alex —dijo, con una sonrisa encantadora.

—Adiós, Maggie.

—Y gracias de nuevo.

—No hay de qué.

La joven dio su dirección al conductor y el taxi se puso en movimiento.

Alex esperó unos segundos y entró de nuevo en La Chistera.

Fue directamente al despacho de Gary Fox.

—¡Hombre, ya apareciste! —exclamó Jacky Ross, ceñudo.

—Siento haber tardado tanto, pero es que hubo un incidente en el club, y yo, como nuevo propietario del mismo...

—¡Como uno de los nuevos propietarios! —corrigió el rubio.

—Oh, sí, perdona. Bueno, como estaba explicando, hubo un incidente y yo acudí a solucionarlo.

Gary Fox frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de incidente, Alex?

Duman refirió lo sucedido.

Después, preguntó:

—¿Ya redactó el documento, señor Fox?

—Sí, aquí está —respondió Fox, entregándoselo.

Alex lo repasó sin prisas.

—¿Todo correcto, Alex? —preguntó Fox.

—Sí, perfecto.

—Pues firmando, que es gerundio —sonrió Gary Fox, ofreciéndole su estilográfica.

Alex la tomó y estampó su firma al pie del documento. Seguidamente, lo hizo en la copia del mismo.

—¿Jacky...? —indicó Fox.

El rubio firmó también.

A continuación lo hizo Gary Fox.

—El original para vosotros y la copia para mí —dijo, quedándose con ésta—. Y ahora, vengan los ocho mil dólares.

Alex y Jacky le entregaron el dinero.

Gary Fox lo guardó en su maletín, junto con la copia del documento.

Acto seguido, empezó a poner al corriente de todo a los nuevos propietarios del club.

Le llevó más de una hora hacerlo.

—Bien, creo que ya estáis en condiciones de haceros cargo de La Chistera, muchachos —suspiró Gary Fox, poniéndose en pie.

Alex y Jacky también se levantaron.

—Puedo irme tranquilo, ¿verdad? —sonrió Fox.

—Desde luego —respondió Alex.

—Y no tenga ninguna prisa en volver —añadió Jacky.

Gary Fox rió, atrapando su maletín.

Estrechó la mano a Duman y a Ross y a continuación salió del despacho.

Sólo se despidió de Robert Neal, el encargado.

Y muy brevemente, pues tenía mucha prisa.

Salió del club y se dirigió rápidamente hacia donde permanecía estacionado su coche, un magnífico «Ford-Thunderbird».

Cuando se disponía a entrar en él, algo muy duro se hundió en su espalda.

Gary Fox se volvió en el acto, dando un respingo.

Dos tipos de rostro duro como el granito estaban tras él.

El que presionaba en su espalda con una pistola automática provista de silenciador, ordenó:

—Al asiento de atrás, señor Fox. Y como diga o haga algo para llamar la atención, aprieto el gatillo y lo mando al infierno.

CAPÍTULO VI

Un par de segundos después de que Gary Fox abandonase el despacho, Jacky Ross sugirió:

—¿Volvemos con las chicas, Alex?

—¿Qué chicas? —preguntó Duman, sin mirarle.

—Rosemarie y Shelley, naturalmente.

—Las pájaras habrán volado, Jacky.

—¿Volado?

—Seguro. Son dos profesionales, y no pueden perder el tiempo. Se habrán acercado a otra mesa, embaucado a otro par de tipos, y largado con ellos.

—Me gustaría comprobarlo.

—Jacky, aquí tenemos trabajo...

—Ya lo haremos mañana. Las noches son para divertirse.

Alex dio un suspiro.

—Está bien, vamos.

Salieron los dos del despacho y cruzaron la puerta que comunicaba con el club.

Ya había dado comienzo el segundo pase de atracciones, y las componentes del *ballet* Mil Curvas evolucionaban de nuevo sobre la pista, causando la admiración del público.

Jacky miró hacia la mesa que él y Alex ocuparan antes.

Rosemarie y Shelley continuaban allí.

Pero no estaban solas.

Dos cuarentones, elegantemente vestidos, las acompañaban, y tanto la morena, como la rubia platino, se mostraban la mar de cariñosas con ellos.

Alex sonrió.

—¿No te lo dije, Jacky? Las pájaras se han buscado otra compañía.

—Y en nuestra propia mesa —gruñó el rubio.

—Ésa no era nuestra mesa, Jacky.

—Pero nos habíamos hecho con ella.

—Mira, ahí viene Robert.

Efectivamente, el encargado caminaba hacia ellos.

Antes de que Neal dijese nada, Alex inquirió:

—¿Quiénes son los tipos que ocupan la mesa, Robert?

—Los que la habían reservado, señor Duman —respondió el encargado.

—Me lo figuraba.

—Se trata de Gregory Felton, el conocido banquero, y un amigo suyo —informó Neal.

—Ya.

Jacky rezongó:

—Que el banquero y su amigo nos hayan dejado sin mesa, pase, puesto que la tenían reservada y estaban en su derecho de ocuparla. Pero que nos birlen también las chicas...

—Lo siento —dijo Neal.

—No tiene importancia, Robert —sonrió Alex.

El encargado carraspeó.

—Señor Duman...

—¿Sí, Robert?

—El tipo del bigote, el que abofeteó a la joven que le acompañaba, estuvo aquí hace un rato.

—¿Buscando a la chica?

—Buscándole a usted.

—Quiere el desquite, ¿eh?

—Ya no, señor Duman.

—¿Qué le hizo cambiar de idea? —preguntó Alex, extrañado.

—El saber que usted era uno de los nuevos propietarios de La Chistera.

—¿Cómo lo averiguó?

—Yo se lo dije, señor Duman. El tipo debió pensar que no le convenía pegarse con uno de los dueños del club, y se largó.

Alex sonrió.

—Mejor así, Robert.

—Con el permiso de ustedes, vuelvo a mi trabajo.

—Vaya, Robert.

—Y procure esmerarse, si quiere un aumento de sueldo —dijo

Jacky.

El encargado se alejó, sonriendo.

Alex miró hacia la pista de atracciones.

El *ballet* Mil Curvas había finalizado su segunda y última actuación de la noche.

De un momento a otro aparecerían en la pista las hermanas Venus.

Jacky dijo:

—¿Vienes, Alex?

Duman miró al rubio, sorprendido.

—¿Adonde?

Jacky le guiñó un ojo pícaramente.

—A saludar a las chicas del *ballet* Mil Curvas.

—¿Esperas que te dejen entrar en su camerino?

—¿Por qué no? Soy uno de los nuevos propietarios de La Chistera, no se atreverán a cerrarme la puerta en las narices. Además, soy un tipo fuerte y no mal parecido. No me será difícil conquistar a alguna de ellas.

—Qué modesto eres —rió Alex.

—Tampoco a ti te será difícil ligar con una de esas bellezas. Anda, vamos, antes de que se vistan y se larguen.

—No, Jacky. Ve tú si quieres.

—¿Qué diablos te ocurre, Alex? —Gruñó el rubio.

—Nada. Que prefiero presenciar la actuación de las hermanas Venus, eso es todo. Mira, ya salen a la pista.

—¿Y luego...?

—Bueno, luego tal vez me decida a visitar el camerino de las hermanitas.

Jacky rió.

—¡Ah, bribón! Por eso no querías venir a saludar a las chicas del *ballet* Mil Curvas, ¿eh? ¡Tú prefieres conquistar a una de las contorsionistas!

—Nunca he intimado con una contorsionista, Jacky —respondió Alex, sonriendo.

—¡Toma!, ni yo.

—Debe ser muy interesante, ¿no crees?

—¡Seguro!

—Pues olvídate por esta noche de las chicas del *ballet* Mil Curvas

y dedica toda tu atención a las hermanas Venus.

—¡Ya se la estoy dedicando! —repuso Jacky, los ojos fijos en los exuberantes cuerpos de la pareja de contorsionistas.

Ralph Ellery, el tipo que abofeteara a Maggie Simpson, se dirigía en su coche, un «Mercury» azul, hacia una de las calles cercanas al puerto.

Conducía con las mandíbulas apretadas, los ojos enrojecidos por el odio que sentía hacia Alex Duman, el tipo que le había dejado inconsciente de un puñetazo.

Le hubiera gustado machacarlo con sus propias manos, delante de todos.

Pero Alex Duman era uno de los nuevos propietarios de La Chistera, y darle una paliza, en el mismo club, con tantos testigos, le hubiera costado muy caro.

Mejor pagar a otros para que fuesen éstos los que se la dieseen.

Él podía permitirse ese lujo.

Y conocía a los tipos indicados.

Tres individuos fuertes, expertos con los puños, y con muy pocos escrúpulos.

Ralph Ellery detuvo su automóvil junto a la acera del edificio donde vivían los matones que pensaba contratar.

Salió del coche, cruzó el portal y empezó a subir las escaleras.

Poco después, pulsaba el timbre de la puerta número 16.

Tardaron en abrir.

Finalmente lo hizo un sujeto alto, con cara de vender a su propio padre por sólo un par de dólares.

Ralph Ellery sonrió.

—Hola, Booth.

—¿Qué tal, Ralph? —repuso Booth, sin corresponder a la sonrisa de Ellery.

Éste se fijó en el moretón que lucía Booth en la mandíbula.

—¿Qué te pasó, Booth...?

—Un hijo de perra me sacudió —masculló Booth, pasándose los dedos por la equimosis.

—Por la señal que te dejó, más valdría decir que fue un hijo de mula...

—Ya me las pagará, cuando le ponga la vista encima —rezongó Booth—. Por cierto, tú también tienes una buena señal en el

mentón, Ralph...

Era cierto.

El puño de Alex Duman también había dejado un «recuerdo» en la mandíbula de Ellery.

Éste, que no había descubierto todavía el moretón, se tocó la barbilla. Con mucho cuidado, porque le dolía bastante.

—A mí también me sacudió un hijo de mula, Booth —masculló—. Por eso estoy aquí. Quiero contrataros a ti, a Gannon y a Weiss, para que le propinéis la reina de las palizas al bastardo que me golpeó.

Booth esbozó una sonrisa.

—Pasa, Ralph.

—Gracias.

Ellery entró en la habitación.

Se llenó de sorpresa al ver las caras de Gannon y Weiss.

La boca del primero daba escalofríos, pues tenía los labios hinchados como salchichas alemanas.

También producía escalofríos la nariz del segundo, terriblemente deformada y amoratada.

Ambos estaban sentados, con sendas muecas de dolor en los rostros.

—¿El mismo hijo de mula...? —inquirió Ellery.

—No, a Gannon le atizó otro individuo tan corpulento como él —respondió Booth—. A Weiss todavía le fue peor que a Gannon y a mí, pues el «cobro» de los dos.

—Cualquiera diría que ese bulto de carne negra que tiene Weiss en el centro de la cara es una nariz...

—Se la machacaron de un derechazo.

—¿Y qué pasó con la boca de Gannon?

—Lo mismo. Perdió tres dientes y está a punto de perder otros dos.

—¿Y cómo va a comer ahora...?

Gannon levantó los ojos y miró duramente a Ellery.

—No más comentarios sobre mi boca, Ralph.

—Ni sobre mi nariz —gruñó Weiss.

Ellery tosió.

—Disculpad, muchachos. No era mi intención molestaros.

Booth intervino:

—¿A quién hemos de mandar al hospital, Ralph?

—A uno de los nuevos propietarios del club La Chistera.

Los rostros de Booth, Gannon y Weiss denotaron sorpresa.

—¿Ya no pertenece a Gary Fox? —inquirió el corpulento Gannon.

—No, lo ha vendido —informó Ellery—. Ahora pertenece a dos tipos llamados Alex Duman y Jacky Ross. El primero fue el que me atizó en la mandíbula. A ése es a quien debéis mandar al hospital.

Booth, Gannon y Weiss se habían quedado con la boca abierta.

No podían creer lo que estaban oyendo.

¡Alex Duman y Jacky Ross dueños de La Chistera!

—¿Seguro que no has bebido demasiado, Ralph? —preguntó Booth.

—¿Cómo? —Pestañeó Ellery.

—¡Alex Duman y Jacky Ross fueron los tipos que nos estropearon las caras! —gritó Gannon.

—¿Qué...? —Respingó Ellery.

—¡Además de ganarnos un montón de dólares al póquer! —rugió Weiss.

—Me dejáis de piedra, muchachos... —murmuró Ellery.

Booth lo cogió del brazo.

—¿Cuántos nos ofreces por descomponerle el esqueleto a ese bastardo de Duman?

—Quinientos dólares.

—Danos mil y lo convertiremos en un despojo. Y a Ross también.

—Setecientos cincuenta —ofreció Ellery.

—Mil —insistió Booth.

—Mil es mucho dinero...

—No para ti. Además debes tener en cuenta que tanto Duman como Ross saben utilizar los puños. Son dos tipos muy peligrosos, el trabajo no será fácil.

Tras unos segundos de vacilación, Ralph Ellery accedió:

—De acuerdo, os daré mil dólares.

El «Ford-Thunderbird» de Gary Fox circulaba a buena velocidad.

Había salido de Detroit, tomando una carretera de escaso tráfico.

Esto último aterró más aún al expropietario de La Chistera,

quien no se había atrevido a despegar los labios desde que aquellos dos individuos le sorprendieran.

Tampoco los tipos habían abierto la boca.

El que viajaba en el asiento de atrás no dejaba de apuntar a Gary Fox con su pistola provista de silenciador.

Finalmente, Fox se atrevió a preguntar:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Adónde me llevan?

No obtuvo respuesta.

—Son amigos de Stan Quincey, ¿verdad?

Los tipos continuaron callados.

Gary Fox ya no hizo más preguntas.

¿Para qué?

Los individuos no responderían a ninguna.

Por otra parte, tampoco era necesario hacerlas.

Fox sabía que aquellos dos fulanos estaban cumpliendo órdenes de Quincey.

¿Le llevarían ante él?

Seguro.

Si Quincey les hubiese ordenado que lo liquidasen, ya lo habrían hecho.

El *gángster* quería acabar con él personalmente.

Y lo haría.

No habría modo de impedirlo.

Un frío sudor bañó la frente de Gary Fox.

Miró al tipo que le encañonaba.

Si pudiera arrebatarse la pistola...

No, no lo lograría.

El fulano no dejaba de vigilarle ni un solo instante. Le alojaría un par de plomos en el pecho antes de que pudiera arrebatarse el arma.

¿Lo haría?

Tal vez no.

A Stan Quincey no le gustaría nada que le llevasen a su presencia... muerto.

Esto animó a Gary Fox a decidirse.

Al fin y al cabo, no tenía nada que perder.

En cambio, sí tenía mucho que ganar.

Nada menos que la vida.

Súbitamente, Gary Fox saltó sobre el tipo que le apuntaba, buscando con su mano el brazo derecho del fulano, en cuya mano sostenía el arma.

CAPÍTULO VII

El individuo, en efecto, tuvo tiempo de apretar el gatillo.

Pero no lo hizo.

Fox cayó sobre él.

Se inició un terrible forcejeo entre los dos hombres.

El principal objetivo de Gary Fox era, lógicamente, apoderarse de la pistola automática, pero el tipo no la soltaba.

El individuo que conducía el «Ford-Thunderbird», al ver las dificultades que tenía su compañero para dominar a Gary Fox, optó por detener el automóvil y acudir en su ayuda.

Fox, adivinando las intenciones del tipo que iba al volante, propinó un violento cabezazo a la cara del sujeto de la pistola, consciente de que si no lograba apoderarse del arma antes de que el otro fulano detuviese el vehículo y saltase al asiento de atrás, estaría perdido de nuevo.

El individuo de la pistola lanzó un bramido de dolor.

Por un instante, su mano dejó de presionar la culata del arma.

Gary Fox aprovechó aquel breve momento para arrebatársela.

El coche acababa de detenerse bruscamente.

Fox se volvió con rapidez hacia el otro tipo, el que viajaba delante, con intención de disparar sobre él.

Y lo hizo.

La bala, sin embargo, no alcanzó al sujeto, sino que chocó contra la capota del automóvil.

El tipo que había recibido el cabezazo en la cara tuvo la culpa de que Fox errara su disparo, pues le propinó un golpe en el antebrazo, desviando el arma hacia arriba.

Un segundo después, el puño del individuo estallaba como un obús en la cara de Gary Fox.

Éste perdió el sentido en el acto.

La pistola resbaló de su mano y cayó sobre el piso del coche.

El sujeto que acababa de dejar inconsciente a Gary Fox se apresuró a recogerla.

Su compañero respiró aliviado.

—Qué cerca me he visto de la muerte, Jeff.

—Lo siento, Logan —dijo Jeff—. No creí que Fox tuviese valor para intentar nada; por eso me sorprendió.

—Debió sospechar que tú no te atreverías a disparar sobre él. Quincey lo quiere vivo, y él lo sabe.

—Pues vivo se lo vamos a llevar, para que haga albóndigas con él, si es eso lo que quiere —rezongó Jeff.

—No me gustaría estar en el pellejo de Gary Fox.

—Ni a mí. Anda, pon el coche en marcha.

—Sí, no hagamos esperar demasiado a Quincey —sonrió Logan, y puso el vehículo en movimiento.

Stan Quincey esperaba en una cabaña abandonada, próxima al río Detroit.

Tenía un cigarro en la boca, a medio consumir.

Bajo la axila izquierda, una pistolera, en la que descansaba una «Magnum» impresionante, con tubo silenciador.

Quincey, los puños de la camisa doblados, el nudo de la corbata aflojado, permanecía cerca de la única ventana que tenía la cabaña, y no dejaba de observar por el hueco que dejaba la cortina.

Esperaba ansiosamente el regreso de Jeff y Logan, los dos hombres que había mandado en busca de Gary Fox.

Del traidor de Gary Fox.

Del bastardo de Gary Fox.

De la rata de Gary Fox.

Los ojos de Stan Quincey brillaron intensamente.

Fox iba a pagar caro lo que hizo con él.

Muy caro.

Quincey mordió el cigarro.

Con rabia.

No era un tipo demasiado alto, pero sí muy fuerte.

Los músculos de su tórax se destacaban bajo la camisa.

De pronto, Quincey se envaró ligeramente.

Le había parecido oír el motor de un coche.

Aguzó el oído.

En efecto; un coche se acercaba.

Quincey sospechó que se trataba del automóvil de Jeff y Logan.
No obstante, extrajo la poderosa «Magnum» de la funda, arrojó el cigarro al suelo y corrió hacia la puerta, saliendo de la cabaña.
Se ocultó entre unos arbustos próximos a la misma.
Quincey ya no se fiaba ni de su padre.
Gary Fox tenía la culpa de ello.
Quincey esperó, agazapado.
Levantó los ojos hacia el cielo.
La noche era clara y brillaban las estrellas con fuerza.
Un grillo cantaba.
Muy cerca del *gángster*.
Quincey disparó un salivazo.
El grillo dejó automáticamente de cantar.
A eso se le llama puntería.
El coche ya se oía muy cerca.
Apareció.
Se trataba de un automóvil de gran lujo.
Un «Ford-Thunderbird».
El coche se detuvo delante de la cabaña y sus faros se apagaron.
Un tipo descendió del asiento delantero.
Quincey lo reconoció al instante.
Era Logan.
Del asiento trasero descendió Jeff.
Entre los dos cargaron con el cuerpo de Gary Fox, quien continuaba inconsciente, y echaron a andar hacia la puerta de la cabaña.
Quincey se irguió y enfundó el arma.
—¡Eh, muchachos! —llamó, avanzando hacia ellos.
Jeff y Logan se detuvieron, sorprendidos.
—¿Qué diablos hacías por entre esos arbustos, Quincey? —inquirió el primero.
—Oí que un coche se acercaba y me oculté —respondió el *gángster*.
—Sabías que éramos nosotros... —observó Logan.
Quincey sonrió.
Desagradablemente, como siempre.
—Cualquier precaución es poca, Logan —repuso.
—No desconfiarías de nosotros, ¿verdad? —preguntó Jeff,

ceñudo.

Quincey rió.

—¡Claro que no, muchachos! —respondió, palmeando las espaldas de los dos—. Venga, entremos en la cabaña.

Pasaron al interior.

Jeff y Logan dejaron caer al suelo a Gary Fox.

—¿Por qué lo traéis inconsciente? —inquirió Quincey. Jeff le refirió lo sucedido.

Quincey, mirando con odio al inerte Gary Fox, ordenó:

—Reanimadle.

—¿No sería mejor atarlo primero de pies y manos? —sugirió Logan—. En ese rincón hay cuerdas...

—No, está bien así —respondió el *gángster*.

—Despiértalo tú, Logan —dijo Jeff—. Yo, mientras tanto, traeré el maletín.

—¿Qué maletín? —inquirió Quincey.

—El que llevaba Fox, cuando le sorprendimos, a la salida del club —explicó Jeff.

—De acuerdo, ve por él.

Jeff salió de la cabaña.

Logan, que se había arrodillado junto a Fox, ya estaba abofeteando al expropietario de La Chistera.

—Vamos, Fox, despierta...

Gary Fox, pese a las bofetadas, no se recobraba.

Jeff regresó con el maletín.

—¿Quieres darle una ojeada, Quincey? —sugirió.

—Sí, trae.

Jeff le entregó el maletín.

Quincey lo abrió.

Jeff lanzó un silbido.

—Ahí hay mucha pasta, Quincey.

El *gángster* cogió los billetes y los contó.

—Ocho mil dólares justos —dijo, y volvió a dejarlos en el maletín.

—¿Oíste eso, Logan? —exclamó Jeff—. ¡Hay ocho mil pavos en el maletín!

Logan había suspendido momentáneamente la ración de bofetadas.

—Habrá una parte para nosotros, supongo... —dijo, mirando a Quincey.

Jeff también miró al *gángster*.

—La habrá, ¿verdad, Quincey?

Stan Quincey sonrió extrañamente.

—Por supuesto, muchachos —respondió—. En cuanto le dé su merecido al gusano de Fox, nos repartiremos los ocho mil machacantes.

Jeff y Logan se mostraron muy satisfechos.

Quincey indicó:

—Jeff, ayuda a Logan. Parece que él solo no es capaz de despertar a Fox.

Jeff se arrodilló al otro lado del desvanecido Gary Fox y también él se puso a dar bofetadas.

Quincey extrajo lentamente la «Magnum».

Ni Jeff ni Logan se dieron cuenta de que el *gángster* empuñaba su poderosa arma.

Peor para ellos.

O mejor, según se mire.

Sí, porque de este modo se fueron al otro mundo sin apenas enterarse.

Ambos murieron instantáneamente.

Con sendos plomos en la cabeza.

Allí fue donde apuntó Stan Quincey.

Y Stan Quincey tenía muy buena puntería.

Jeff y Logan quedaron desmadejados en el suelo, manchándolo de sangre.

Una fría sonrisa apareció en los labios del *gángster*.

—Estúpidos... —rezongó, sin enfundar la «Magnum».

Y no la enfundó porque Gary Fox estaba empezando a recobrarse.

El pobre tenía las mejillas hinchadas y muy enrojecidas, de tanta bofetada.

Abrió los ojos.

Casi se desvaneció de nuevo al descubrir a Stan Quincey.

Se incorporó lentamente, sin poder dominar el temblor que sentía a lo largo y ancho de todo su cuerpo.

Cuando descubrió los cadáveres de los tipos que le habían

llevado ante el *gángster*, notó un fallo cardíaco.

—¿Los..., los mataste tú, Quincey? —tartamudeó.

—Claro.

—¿Por qué?

—Ya no los necesitaba para nada. Además, querían parte de los ocho mil dólares que llevas en tu maletín —explicó el *gángster*—. Lo mejor era acabar con ellos, y eso hice.

—Tienen..., tienen las cabezas destrozadas...

—No quise que sufrieran. Tú, en cambio, tardarás en morir. Sufirás mucho antes de expirar, Fox...

Un ramalazo de frío recorrió la espalda de Gary Fox.

—No me mates, Quincey, te lo suplico...

Las pupilas del *gángster* despidieron un centelleo.

—No puedo escuchar tus súplicas, Fox. Me traicionaste, huyendo con el maletín que contenía los cien mil dólares que obtuvimos en el atraco, mientras yo te esperaba inútilmente en el lugar convenido... Minutos después, la policía caía sobre mí y me apresaba. Tú les dijiste dónde podrían hallarme. Telefónicamente, claro, y sin mencionar tu nombre. Después, mientras yo permanecía entre rejas, tú adquirías el club La Chistera y lo reformabas, gracias a los cien mil dólares del atraco... La mitad de esa suma me pertenecía, Fox.

—¡Estás equivocado, Quincey! —repuso Gary Fox, haciendo un par de gallos con la voz—. Yo no te traicioné, te lo juro.

—No jures en falso, Fox.

—¡Es la verdad, tienes que creerme!

—Estás mintiendo, y tú lo sabes. Como lo sé yo. Por eso voy a matarte. Poco a poco, para que tu fin sea de lo más doloroso.

Stan Quincey se dispuso a apretar el gatillo de la «Magnum».

—¡No, Quincey, no! —chilló Fox, el rostro desencajado.

—Sí, Fox, sí.

—¡No me mates y te daré todo el dinero que tengo!

—Tú ya no lo tienes, lo tengo yo.

—¡No me refiero a los ocho mil dólares del maletín, sino al que tengo depositado en el Banco! ¡Son más de cien mil dólares, Quincey!

—Ni por un millón te perdonaría la vida, Fox —masculló el *gángster*, y accionó el gatillo.

La bala destrozó la rodilla derecha de Gary Fox.

Éste cayó al suelo, lanzando un angustioso alarido. La «Magnum» funcionó de nuevo.

Fox volvió a chillar, porque la bala le perforó el brazo izquierdo, a la altura del bíceps.

Después, fue el muslo derecho.

A continuación, el izquierdo.

Luego, el otro brazo.

Gary Fox, incapaz de soportar tanto sufrimiento, se desmayó.

Stan Quincey disparó una vez más.

El plomo se incrustó en la cabeza de Gary Fox.

Quincey devolvió el arma a la funda.

A continuación abrió nuevamente el maletín de Fox.

Había visto antes una hoja de papel cuidadosamente doblada, y sentía curiosidad por saber qué era.

La tomó, la desdobló, y empezó a leer lo que en ella había escrito.

Se trataba del documento que Gary Fox redactara, para formalizar la venta de La Chistera.

Quincey adivinó rápidamente la verdad.

Sonrió, como él solía sonreír, y masculló:

—Alex Duman y Jacky Ross también pagarán, por haberse prestado a esto. Y va a ser muy pronto...

CAPÍTULO VIII

Maggie Simpson, la bella mecanógrafa que fuera abofeteada por Ralph Ellery en el club La Chistera, salió de la bañera y atrapó la mullida toalla.

Mientras se secaba el cuerpo, se preguntó una vez más si Alex Duman, su defensor, le haría aquella tarde la visita que le había prometido.

Bueno, tanto como prometido...

«Tal vez mañana por la tarde me deje ver por su apartamento», había dicho él, simplemente.

Pero Maggie tenía la corazonada de que el «tal vez» sobraba en aquella frase, que Alex lo había pronunciado para no parecer demasiado directo.

Alex se presentaría aquella tarde, estaba segura.

Y ella deseaba que así fuera.

¿Por qué?

Bueno, había varias razones.

Alex Duman era un joven apuesto...

Simpático...

Valiente...

Sí, sobre todo, valiente.

¡Y qué potencia de pegada!

Un Cassius Clay, pero en blanco.

Maggie rió su propia ocurrencia.

Acabó de secarse el cuerpo, se enfundó la bata, y salió del cuarto de baño, pasando a su dormitorio.

Se vistió, eligiendo unos pantalones azul turquesa, que la ceñían muy sugestivamente, y una fina blusa, que combinaba perfectamente con el azul de los pantalones.

Estaba acabando de retocarse el cabello, sentada ante el espejo ovalado del tocador, cuando sonó el timbre del apartamento.

Maggie dio tal respingo que el peine escapó de su mano y fue a parar debajo de la cama.

—¡Alex! —exclamó nerviosamente.

Saltó de la banqueta tapizada y salió corriendo de la habitación.

Alcanzó la puerta en un tiempo récord.

Pero no abrió.

Prefirió esperar unos segundos, para serenarse y que el ritmo de su respiración, muy alterado por la carrera, se normalizase.

No quería que Alex Duman creyese que lo estaba esperando con desmedida ansiedad.

Y así era, eso era lo malo.

Bueno, ¿malo por qué?

Muy sencillo: Alex Duman era uno de los propietarios de un club tan importante como La Chistera, y no era lógico pensar que fuera a poner los ojos en una simple mecanógrafa.

Al menos, ponerlos en el sentido de enamorarse de ella y pedirle que fuera su esposa.

Este pensamiento entristeció ligeramente a Maggie Simpson.

Mejor sería no volver a pensar en ello, porque no quería estar triste, sino todo lo contrario.

Respiró hondamente y abrió la puerta.

Sí.

Allí estaba Alex Duman, vistiendo un traje impecable.

Mucho mejor que el que luciera el día anterior.

Lógico.

Lo primero que habían hecho Alex y Jacky aquella mañana había sido adquirir una vestimenta adecuada para los dueños de un club de la categoría de La Chistera.

Sin reparar en el precio.

Alex, que llevaba una caja en las manos, adornada con un artístico lazo rosa, sonrió amablemente.

—Buenas tardes, Maggie.

—Hola, Alex —dijo la joven, devolviéndole la sonrisa.

—¿No soy inoportuno?

—No, claro que no. Pase, por favor.

—Gracias.

Alex entró en el apartamento de la joven, pequeño, pero decorado con exquisito gusto.

Maggie cerró la puerta.

Alex se apresuró a entregarle la caja que llevaba.

—Esto es para usted, Maggie —carraspeó.

—¿Para mí?

—No sabía qué traerle, y por fin me decidí por los bombones. Espero que le gusten...

—¡Oh!, sí, mucho. Y eso es lo malo.

—¿Lo malo?

—¡Los bombones engordan una barbaridad, Alex! —rió la joven. Duman también rió.

—Caramba, no había pensado en ello.

—No se preocupe. Pondré a prueba mi fuerza de voluntad, y si no me flaquea, sólo comeré uno al día. Por un bombón diario, no creo que pierda la línea.

—Sería lamentable —repuso galantemente Alex, observando por un momento la esbelta silueta de la muchacha.

Ella agradeció el piropo con la mirada.

—¿Qué prefiere beber, Alex?

—Lo que prefiera usted.

—¿*Whisky*?

—Vale.

—¿Solo, con soda, o con hielo?

—Con un poco de soda, por favor.

—Así me gusta a mí —sonrió la joven.

—Me alegra que tengamos los mismos gustos, Maggie.

—Siéntese, Alex. En seguida preparo las bebidas.

Duman se sentó en el cómodo diván.

Mientras la joven preparaba las bebidas, Alex comentó:

—Tiene usted un apartamento muy bonito, Maggie.

—Si es una caja de cerillas... —rió ella.

—A mí no me gustan los apartamentos grandes. Los pequeños son más acogedores, más íntimos.

—En eso estamos de acuerdo, Alex.

—Como en todo, por lo que veo.

—Es pronto para afirmar eso, ¿no le parece?

—¿Por qué?

—Apenas nos conocemos...

—A mí me da la impresión de que nos conocemos de toda la

vida.

—Pues nos conocimos anoche.

—Afortunadamente.

Maggie se sentó al lado de Alex y le ofreció uno de los vasos, al tiempo que decía:

—Me parece que ha venido usted en plan conquistador, Alex...

—Conquistarla a usted sería una tarea encantadora, Maggie, pero no he venido a eso —sonrió Duman, cogiendo el vaso.

—¿Seguro? —repuso la joven, un tanto desilusionada.

—Le doy mi palabra. Pero eso no quiere decir que no me guste usted, Maggie. Al contrario. Me gustó desde el primer momento.

—Pues no lo entiendo, Alex...

—¿El qué no entiende?

—Dice que le gusto, pero también dice que no quiere conquistarme. ¿No es un contrasentido?

Alex sacudió la cabeza.

—Yo no he dicho que no quiera conquistarla, Maggie, sino que hoy no he venido a eso. Lo intentaré más adelante, cuando usted esté convencida de que no soy un lobo disfrazado de cordero, como ese Ralph Ellery.

Maggie Simpson sonrió coquetamente.

—¿Y si yo le dijera que ya estoy convencida de que usted no es como Ralph Ellery?

—Oh, eso cambiaría las cosas, Maggie. Inmediatamente emprendería la grata tarea de conquistarla.

—Supongamos que lo logra. ¿Qué pasaría después?

—¿Después?

—Sí.

Alex carraspeó.

—Bueno, cuando un hombre y una mujer se gustan, pues...

—¿Pues?

Alex volvió a carraspear.

—Verá, quiero decir que si están enamorados el uno del otro...

—¿Sí?

Alex se pasó el dedo por el cuello de la camisa.

—Me parece que me estoy liando, Maggie.

—¿Liendo?

—Sí, porque no sé qué es lo que quiere usted saber exactamente.

—Pues es muy sencillo, Alex: quiero saber cuáles son sus intenciones al conquistarme. Usted es un hombre rico, mientras que yo, sólo soy una simple mecanógrafa, y si lo que pretende es pasar unas semanas conmigo, y luego olvidarse por completo de mí, vale más que no pierda el tiempo conquistándome, porque no obtendrá nada de mi persona.

—Me ofende usted, Maggie...

—Lo siento, Alex. Sólo trato de dejar las cosas claras desde el primer momento. Acabo de tener una experiencia muy desagradable con Ralph Ellery, y no me gustaría que se repitiese.

—¿No dijo usted antes que ya estaba convencida de que no soy como ese tipo?

—No llegué a decirlo. Aunque debo confesar que casi lo estoy. Me parece usted un buen tipo, Alex. Sin embargo...

—Continúe, Maggie.

La joven se mordisqueó el labio inferior.

—Bueno, me preocupa bastante el hecho de que usted sea un hombre rico.

Alex sonrió.

—Cenicienta era una muchacha muy pobre, y se casó con un príncipe...

—Sí, pero eso sólo suele pasar en los cuentos.

—Es verdad. Por eso debo apresurarme a aclarar que yo no soy un hombre rico, Maggie.

—¿Pretende tomarme el pelo?

—No, por Dios —rió Alex.

—El club La Chistera debe valer una fortuna. Y usted es uno de sus nuevos propietarios.

—Lo primero es cierto, Maggie. En cuanto a lo segundo, tanto Jacky Ross, mi socio y amigo, como yo, somos propietarios circunstanciales. Si me promete usted guardar el secreto, le diré la verdad.

La joven levantó la mano derecha.

—Lo prometo, Alex.

Duman se lo contó todo.

—¿Ve cómo no soy un hombre rico, Maggie?

—Pero lo será, si Gary Fox tarda en regresar a Detroit.

—Ojalá. De cualquier modo, eso no cambia las cosas por lo que

a usted y a mí se refiere.

—¿Seguro que no?

Alex se quedó mirando fijamente a la joven.

De pronto, se acercó a ella y la besó en los labios, con suavidad.

Maggie pudo haber impedido que él la besara, pero no lo hizo.

Se miraron a los ojos.

—No las cambia en absoluto, Maggie —dijo Alex, respondiendo a la pregunta que ella le hiciera antes del beso.

La joven sonrió suavemente.

—Espero que así sea, Alex.

—¿Brindamos por eso?

Hicieron entrechocar sus vasos y luego ingirieron sendos sorbos de *whisky* con soda.

Justo en aquel momento, sonó el timbre de la puerta.

Maggie compuso un gesto de extrañeza, porque no esperaba a nadie.

—¿Me disculpa un instante, Alex?

—Por supuesto —sonrió Duman.

La joven dejó el vaso sobre la mesa ratona, se levantó del diván y acudió a abrir.

Apenas lo hizo, la punta de una gran navaja de resorte se apoyó en la fina piel de su garganta.

—Un grito, una palabra, o un leve movimiento, y te traspaso el cuello de parte a parte, muñeca —amenazó el tipo que empuñaba el navajón.

CAPÍTULO IX

Maggie Simpson obedeció.

Ni gritó, ni pronunció palabra alguna, ni se movió.

Y no sólo porque se lo había ordenado el tipo de la navaja.

Aunque hubiese querido desobedecerle, no habría podido.

El terror que sentía no sólo le había paralizado las cuerdas vocales, sino el cuerpo entero.

Por no poder, no podía ni siquiera pestañear.

El individuo de la navaja, alto y delgado, con cara de vender a su propio padre por sólo un par de dólares, no estaba solo.

A su derecha se hallaba un sujeto muy corpulento, cuya boca daba pena, por lo hinchados que tenía los labios.

En el lado opuesto, se encontraba un tipo de mediana estatura, ancho de hombros y pecho musculoso, con una nariz que más parecía una berenjena machacada.

Sí.

Se trataba de Booth, Gannon y Weiss, los matones contratados por Ralph Ellery para mandar al hospital a Alex Duman.

Booth, pinchando ligeramente con la punta de la navaja el cuello de Maggie Simpson, ordenó:

—Camina hacia atrás, primor. Pero muy despacio, ¿eh?

La joven, realizando un supremo esfuerzo, consiguió mover las piernas, aunque muy torpemente.

Echó a andar hacia atrás, muy despacio, como quería el tipo del navajón.

Booth, que no separaba la punta de la navaja de la garganta de la aterrada muchacha, entró en el apartamento.

Gannon y Weiss entraron también.

Fue este último quien cerró la puerta.

Alex Duman ya se había levantado del diván.

Hizo ademán de avanzar hacia los tipos, pero la voz de Booth le

detuvo:

—No te muevas de donde estás, Duman, o le rebano la nuez a tu amiguita.

Maggie Simpson sintió un estremecimiento.

El miedo paralizó de nuevo sus piernas y se quedó parada.

Booth, sin embargo, no le ordenó que siguiese caminando.

También él se detuvo.

Y Gannon.

Y Weiss.

Alex, los músculos del rostro endurecidos, advirtió:

—Si le causáis algún daño a la chica, lo pagaréis caro.

—Tú haz lo que te digamos, y a ella no le pasará nada —respondió Booth.

—¿Qué es lo que queréis?

—Cobrarnos los golpes que Ross y tú nos disteis anoche.

—¿Cómo sabíais dónde me encontraba?

—Estábamos cerca de La Chistera, esperando a que el rubio y tú salierais.

—Pero sólo saliste tú —masculló Gannon.

—Y te seguimos hasta aquí —añadió Weiss.

—Entiendo —dijo Alex—. Bien, dejad a la chica en paz y os acompañaré a dónde queráis.

Booth chascó la lengua.

—No, Duman, no vamos a ir a ningún sitio. La paliza te la vamos a dar aquí, en este apartamento.

—¿Delante de la chica?

—Si ella no quiere mirar, que cierre los ojos. La chica es para nosotros como una especie de garantía, ¿entiendes? Mientras la punta de mi navaja descansa sobre la suave y delicada piel de su gaznate, tú no te atreverás a devolver ni uno solo de los golpes que recibas, porque si lo haces, degollaré a la chica como se degolla a un cerdo.

Alex apretó los puños.

—Eso es lo que sois vosotros, unos cerdos —masculló. Booth rió.

—Veremos lo que parecees tú cuando Gannon y Weiss hayan acabado contigo.

—Una piltrafa —gruñó Gannon.

—Un pingajo —gruñó Weiss.

Alex no respondió.

Estaba tratando de encontrar el modo de salir del aprieto, pero no daba con él.

Booth se hallaba demasiado lejos, no podía saltar sobre él, para intentar arrebatárle la navaja.

Además, estaba Maggie.

Booth parecía dispuesto a cumplir su amenaza.

Y Alex le creía muy capaz de abrir la garganta de la joven de un navajazo.

No.

No podía arriesgar la vida de la muchacha.

Tendría, pues, que resignarse a que Gannon y Weiss le propinasen la gran paliza.

¿Y qué pasaría después con Maggie?

¿Se largarían sin causarle ningún daño, como había prometido Booth, o abusarían de ella?

De tipos como aquéllos podía esperarse cualquier cosa, por ruin que fuera.

Booth dijo:

—Gannon, Weiss, empezad cuando queráis.

Los dos matones avanzaron lentamente hacia Alex Duman.

Éste se quedó dónde estaba.

Gannon fue el primero en golpearle.

A la mandíbula.

Alex cayó sobre el diván.

—En pie, Duman —ordenó Weiss.

Alex se masajeó el mentón y se levantó.

Weiss le clavó un puño en el estómago.

Alex se dobló hacia adelante.

Weiss le atizó en el pómulo y lo mandó al suelo.

—¡Bravo, muchachos! —exclamó Booth.

Gannon ordenó:

—Levántate, Duman.

Alex sacudió la cabeza y se incorporó de nuevo, lentamente.

Sus ojos y los de Maggie Simpson se encontraron por un instante.

La joven estaba muy pálida.

Pero menos asustada que antes.

La entereza con que Alex Duman estaba soportando el castigo le había infundido a ella el valor que necesitaba para intentar algo que sirviese de ayuda a Alex.

Y lo intentó.

Sin pensar en que el tipo que la amenazaba podía degollarla con su enorme navaja de un solo tajo.

Levantó bruscamente la rodilla derecha y se la incrustó a Booth en el bajo vientre.

Fue un golpe tan violento como certero.

Los efectos fueron instantáneos.

Booth aulló como si de pronto lo hubiesen arrojado desnudo sobre una gigantesca sartén de aceite hirviendo y se estuviese friendo como un pescado.

Su cara se puso verde como un caramelo de menta y cayó al suelo hecho un ovillo, despidiendo espuma amarillenta por la boca.

La navaja había escapado de su mano, y ahora yacía a un metro escaso de él.

Pero Booth no la veía.

Él estaba viendo todas las estrellas de la Vía Láctea, sin necesidad de telescopio.

Y con los ojos cerrados apretadamente, eso era lo más curioso.

El aullido de Booth hizo que Gannon y Weiss volvieran bruscamente la cabeza.

Por esa razón, el puñetazo que Alex le propinó a Gannon estuvo a punto de romperle el cuello a éste.

Tampoco fue ninguna tontería el que le sacudió a Weiss, apenas una fracción de segundo después.

Ambos matones se estrellaron contra el suelo.

Alex echó a correr hacia donde yacía la navaja de Booth.

La alcanzó y la empuñó.

—¡Cuidado, Alex! —chilló Maggie.

Duman se revolvió como una centella.

Gannon y Weiss ya estaban en pie, y esgrimían sendas navajas de resorte, idénticas a la de Booth, ahora en poder de Alex.

Éste, en principio, pensó en liarse a navajazos con Gannon y Weiss, pero tuvo una idea mejor.

Saltó sobre Booth, que continuaba arrugado en el suelo, lo agarró por el cabello y le obligó a levantar mucho la cabeza.

Inmediatamente después le colocó el filo de la navaja sobre la nuez y gritó:

—¡Arrojad las navajas o degüello a Booth!

Gannon y Weiss se quedaron quietos. Indecisos.

Vacilantes.

Se miraron el uno al otro.

—¡Arrojadlas, vamos! —ordenó de nuevo Alex—. ¡Sobre el diván!

—No te atreverás a degollar a Booth, Duman —dijo Gannon, sin demasiada convicción.

—¿Que no me atreveré?

—Seguro que no —dijo Weiss, igualmente sin convicción.

Gannon y Weiss estaban en lo cierto.

Alex no sería capaz de hacerlo.

Sólo se trataba de una amenaza.

Pero, para hacer creer a Gannon y a Weiss que estaba dispuesto a cumplirla, dijo:

—¡Aquí tenéis una muestra!

Alex presionó ligeramente con la navaja y produjo un corte en la garganta de Booth, quien ya no tenía la cara verde, sino blanca como el mármol.

La herida, aunque leve, empezó a sangrar rápidamente.

—¿Seguís pensando que no me atreveré a degollar a Booth, muchachos? —preguntó Alex.

—¡Arrojad las navajas, desgraciados! —chilló Booth, con voz quebrada por el terror.

Gannon y Weiss ya no lo dudaron más.

Tiraron los navajones sobre el diván, como había indicado Duman.

—Bien, muchachos. Ahora, echaos de bruces al suelo —ordenó Alex.

Gannon y Weiss obedecieron, maldiciendo entre dientes.

—Maggie, coja las navajas —indicó Alex.

La muchacha se acercó al diván y se apoderó de ellas.

—Ahora, llame a la policía —siguió indicando Alex.

Maggie se aproximó al teléfono y descolgó el auricular.

—¡Un momento, Duman! —exclamó de pronto Booth.

—¿Quieres decir algo, Booth? —preguntó Alex.

—Te propongo un trato, Duman.

—¿Qué clase de trato?

—Si en lugar de entregarnos a la policía, permites que nos larguemos de Detroit, te dará el nombre del tipo que nos contrató para que te mandásemos al hospital. Y no volveremos más por Detroit, te lo juro.

Alex había entrecerrado los ojos.

—¿Qué patraña es ésa, Booth?

—No se trata de ninguna patraña, Duman; te estoy diciendo la verdad. Un tipo nos ofreció quinientos dólares por darte una buena paliza. Nosotros le pedimos mil, y también se la daríamos a Ross. El tipo aceptó.

—¿Cómo se llama ese fulano?

—Primero dime si aceptas el trato, Duman.

—Yo nunca hago tratos con tipos como vosotros.

—Entonces, te quedarás sin saberlo.

—Y tú te quedarás sin nuez —amenazó Alex, presionando de nuevo con la navaja, sobre la herida que sangraba.

Booth creyó que Duman iba a profundizar con la navaja y se dio mucha prisa en confesar:

—¡El tipo se llama Ellery, Ralph Ellery!

Maggie Simpson dio un respingo.

—¡Ralph Ellery! —exclamó, mirando a Alex.

El rostro de éste también denotaba sorpresa.

—Conque Ralph Ellery, ¿eh? —murmuró.

—¡Sí, él nos contrató! —Galleó Booth.

Duman aflojó la presión que la navaja ejercía sobre el gaznate de Booth, y éste respiró aliviado.

—Maggie, marque el número de la policía, y que vengan inmediatamente —indicó Alex.

La joven lo hizo.

Escasos minutos después, llegaban varios agentes.

Alex les relató lo sucedido, siendo corroboradas sus palabras por Maggie.

Los agentes se llevaron a los tres matones, debidamente esposados.

La policía se ocuparía también de detener a Ralph Ellery.

El propio Booth les dijo dónde podrían encontrarle, obligado por

Alex.

Al quedarse solos, Alex miró a la joven y dijo:

—Fue usted muy valiente, Maggie.

—Tenía que hacer algo, Alex.

—Y lo hizo. Vaya si lo hizo.

—Tiene un pómulo lastimado...

—No se preocupe, es un golpe sin importancia.

—También tiene lastimada la barbilla.

—Por fortuna, no me atizaron en la boca. ¿Se imagina el disgusto que tendría yo ahora?

—¿Disgusto?

—Sí, porque no podría volver a besarla en varios días, y no sé si sería capaz de resistirlo.

—Exagerado... —repuso la joven, sonriendo.

—¿Qué le parece si nos tuteamos, Maggie?

—Es una buena idea.

—¿Y qué te parece si nos damos un beso para celebrar el tuteo?

—¿No crees que vas demasiado de prisa, Alex?

—Jacky me llama El expreso de Michigan —bromeó Duman, abarcándola por el talle.

Un instante después, la estaba besando en los labios.

CAPÍTULO X

Jacky Ross levantó la tapa de la caja de los cigarros y cogió uno.

Se lo pasó por debajo de la nariz, olfateándolo, para lo cual cerró los ojos un momento.

—Canela pura, Jacky —se dijo a sí mismo en voz alta.

Seguidamente se puso el excelente veguero en la boca y le prendió fuego con el encendedor de mesa.

Expulsó una gran bocanada de humo, arrellanado en el comodísimo sillón que había detrás del escritorio.

—Gary Fox sabía vivir, no hay duda —murmuró, desparramando su mirada por el magnífico despacho—. Ojalá no regrese a Detroit hasta dentro de cincuenta años.

Ni dentro de cincuenta, ni dentro de cien.

Gary Fox no regresaría nunca, porque estaba muerto. Jacky lo ignoraba, claro.

De ahí su temor de que Stan Quincey, el *gángster* evadido de la prisión, fuese capturado de nuevo por la policía en los próximos días y Gary Fox volviese en un par de semanas a Detroit y recuperase el club.

Y es que a Jacky le encantaba ser propietario, junto con Alex, de un club tan importante como La Chistera.

Y no sólo por los beneficios que producía, sino también por la cantidad de mujeres, todas ellas con un físico impresionante, que actuaban en el club.

El *ballet* Mil Curvas...

Las hermanas Venus...

El trío Movimientos...

Y qué movimientos...

Como para frenar en seco a una manada de reses en plena estampida.

Eran tres hembras increíbles.

Jacky no llegó a verlas actuar en público, pues él y Alex, tan pronto como las hermanas Venus finalizaron su número, fueron al camerino de éstas, y tardaron bastante en salir de él.

Tanto, que cuando lo hicieron, el club estaba a punto de cerrar sus puertas.

Qué simpáticas eran las dos hermanitas...

Y qué cariñosas...

Jacky apartó de su mente a las hermanas Venus y volvió a pensar en el trío Movimientos.

Las había visto ensayar aquella mañana.

Su número era algo portentoso.

Tan portentoso como sus cuerpos.

Jacky sonrió.

Ya estaba deseando dejarse ver por su camerino.

Con que fuesen la mitad de complacientes que las hermanas Venus...

¿Habrían llegado ya al club las componentes del trío Movimientos?

Jacky decidió comprobarlo personalmente.

Se levantó del sillón y caminó hacia la puerta.

No había dado más que tres pasos, cuando sonaron unos golpes en la misma.

Jacky la alcanzó y abrió.

Se encontró con dos rostros atractivos.

Dos bustos firmes y desarrollados.

Dos cinturas increíblemente estrechas.

Cuatro piernas insuperables.

—Hola —sonrió atrevidamente Evelyn.

—Hola —sonrió pícaramente Jane.

Evelyn y Jane no eran otras que las hermanas Venus, la pareja de contorsionistas.

Ambas lucían la vestimenta, brevísima vestimenta, que utilizaban para realizar su número.

Jacky se apresuró a quitarse el cigarro de la boca y sonrió nerviosamente.

—¿Qué tal, chicas?

—¿Podemos pasar? —preguntó Evelyn, la mayor de las hermanas.

Bueno, no tan mayor.
Sólo contaba veintitrés años.
Jane tenía veintiuno.

—Por supuesto —respondió Jacky, abriendo más la puerta.

Evelyn y Jane entraron en el despacho.

Jacky cerró la puerta.

—¿Dónde está Alex? —preguntó Jane.

—Salió —respondió el rubio.

Jane compuso un gesto de desilusión.

Ella había sido la pareja de Alex, la noche anterior, y Evelyn, la de Jacky.

De ahí la desilusión de Jane, al no encontrar a Alex en el despacho.

—¿Tardará mucho en volver, Jacky? —inquirió.

—No sé.

Jane suspiró.

—Qué pena...

—¿Ocurre algo, Jane? —preguntó Jacky.

—Bueno, falta todavía bastante para que dé comienzo el primer pase de atracciones, y Evelyn y yo habíamos decidido pasar un rato con vosotros. Pero si no está Alex...

—Pero está Jacky —observó Evelyn, sonriendo maliciosamente.

El rubio no pudo reprimir un respingo.

—Evelyn... —musitó.

—¿Sí, Jacky?

—No estarás pensando...

Evelyn rió.

—Por supuesto que no, tranquilízate. Jane se larga y ya la avisaremos cuando Alex regrese. ¿Verdad que te largas, Jane?

Jane encogió ligeramente los hombros.

—Qué remedio... —murmuró, y echó a andar hacia la puerta, saliendo del despacho.

Jacky dio un suspiro de alivio.

Evelyn se acercó a él, con un muy sugestivo balanceo de caderas, y le echó los brazos al cuello.

—Creíste que íbamos a quedarnos las dos contigo, ¿verdad?

—Por un momento, eso temí —sonrió Jacky, rodeando la desnuda cintura femenina.

—Cuidado con el puro.

—¿Cómo?

—Vale más que lo dejes en el cenicero, no vaya a ser que me quemes la espalda.

Jacky rió.

—Sí, tienes razón —dijo, dejando el cigarro en el cenicero de pie que había cerca del sofá.

Volvió a rodear el talle de la contorsionista.

Ella le ofreció los labios, rojos, sensuales. Jacky la besó ardientemente.

Evelyn le correspondió más ardientemente todavía.

Cuando más intensa era la pasión del beso, llamaron a la puerta.

Jacky y Evelyn no tuvieron más remedio que separar sus bocas.

—Han llamado a la puerta, Jacky —dijo ella.

—Deben ser los bomberos.

—¿Los bomberos? —Respingó la contorsionista, alarmada—. ¿Es que hay fuego en el club...?

—Sí. Y todo está dentro de ti.

Evelyn empezó a reír.

—Tonto, qué susto me has dado...

—Ha sido un piropo, mujer. ¿No te ha gustado?

—Mucho.

Jacky la besó de nuevo, muy brevemente esta vez y dijo:

—Voy a ver quién es. Tú espera aquí Evelyn.

—De acuerdo.

Jacky alcanzó la puerta y abrió.

Se encontró con un tipo de mediana estatura, que lucía barba y llevaba gafas. De su mano izquierda pendía un maletín.

—¿El señor Duman o el señor Ross? —preguntó el barbudo, sonriendo con amabilidad.

—Jacky Ross.

El tipo le tendió la diestra.

—Encantado, señor Ross. Soy Ronald Kanter, agente artístico.

Jacky le estrechó la mano.

Una mano que más parecía de camionero.

—Mucho gusto, señor Kanter.

—¿Podemos hablar, señor Ross?

—¿Hablar de qué?

—De artistas, naturalmente. Puedo proporcionarles las mejores atracciones que existen actualmente en el mundo. En el maletín llevo fotografías de las artistas más importantes. Me gustaría que les diesen ustedes una ojeada.

—¿Le importaría volver mañana, señor Kanter? Es que en este momento...

—Mañana a primera hora salgo para Las Vegas, señor Ross, y no sé cuándo podré volver por Detroit.

—Oh, entiendo... Está bien, pase usted.

—Gracias, señor Ross.

Jacky miró a Evelyn.

No fue necesario que le dijese nada.

La contorsionista comprendió que tenía que marcharse y salió del despacho, dejando solos a los dos hombres.

—Preciosa chica —comentó el tipo de la barba.

—Sí —sonrió Jacky—. ¿Quiere sentarse, señor Kanter? —sugirió, señalándole la silla que había delante del escritorio.

—Gracias, muy amable —respondió el agente artístico, sentándose en ella.

Jacky se sentó en el sillón, al otro lado de la mesa.

—Bien, veamos esas fotografías, señor Kanter.

El barbas depositó el maletín sobre la mesa.

—¿Y el señor Duman? —preguntó.

—Tuvo que salir.

—¿Y no sabe cuándo volverá?

—No creo que tarde mucho.

—Magnífico —sonrió Ronald Kanter, abriendo el maletín.

No sacó ninguna fotografía.

Sacó una pistola automática, provista de silenciador. Era una «Magnum».

Apuntó con ella al pecho de Jacky Ross.

El taxi se detuvo delante de La Chistera.

Alex Duman pagó al conductor y se apeó del taxi.

Entró en el club.

Había mucha gente, como de costumbre.

Alex vio a Robert Neal, el encargado, y se acercó a él.

—¿Alguna novedad, Robert?

—Ninguna, señor Duman.

—¿Dónde está mi socio?

—En el despacho, supongo.

—Voy a ver.

Alex se dirigió al despacho.

Entró en él.

Jacky estaba sentado al otro lado del escritorio, el semblante muy serio.

Alex no pudo ver la cara del tipo que se hallaba sentado ante Jacky, porque le daba la espalda.

Una espalda muy amplia, por cierto.

De las más apropiadas para descargar sacos de arroz.

—Buenas noches —saludó Alex, avanzando hacia la mesa.

Al llegar a ella, comprendió inmediatamente la razón de la seriedad de Jacky.

Nadie sonríe cuando ve que le están apuntando con una impresionante pistola automática, provista de silenciador.

—Alex... —quiso explicar el rubio.

—No es necesario que lo digas, Jacky —le interrumpió Duman, serenamente—. El tipo es Stan Quincey, el *gángster*.

—Diana, muchacho —sonrió Quincey, despojándose de la barba postiza con la mano izquierda.

También se quitó las gafas.

—¿Cómo lo has reconocido, Alex? —preguntó Jacky, sorprendido.

—Por el maletín —respondió Duman—. Es el de Gary Fox.

—Sí, es cierto —confirmó el *gángster*.

—Quincey ha matado a Fox, Alex... —informó Jacky.

—Me lo figuraba.

—Fox era un maldito traidor, y tenía que pagar por ello —masculló Quincey.

—¿Qué quiere de nosotros, Quincey? —inquirió Alex.

—Matarnos a sangre fría, y destruir después el local —respondió Jacky, anticipándose al *gángster*—. Lleva una bomba de relojería en el maletín.

—Así es —ratificó Quincey.

—Nosotros no le hemos hecho nada, Quincey —observó Alex.

—Os prestasteis a la farsa.

—¿Farsa? ¿Qué farsa?

—¿No era una farsa hacerme creer que Fox os vendió La Chistera?

—Es verdad que nos lo vendió.

—¡Por ocho mil dólares! —rugió el *gángster*.

—Sí.

—¡Y con un par de condiciones muy especiales!

—Sí, puso dos condiciones —admitió Alex.

—¡No podíais vender el club a nadie más que a él, tan pronto como regresara a Detroit, y por la misma suma!

—Cierto.

—¿Y no es eso una farsa?

—Yo creo que no, Quincey —insistió Alex—. Fue una venta con condiciones, eso es todo.

Stan Quincey descargó un furioso puñetazo sobre la mesa.

—¡No fue una venta, maldita sea! ¡El bastardo de Fox sólo quería engañarme, para que no le destrozara el club! ¡Y vosotros os prestasteis al juego! ¡Por eso voy a liquidaros!

—¿Qué ganará usted matándonos y destrozando el local, Quincey?

—¡Vengarme!

—Ya se ha vengado, matando a Fox.

—¡Quiero vengarme más todavía, y nadie podrá impedirlo!

Jacky Ross saltó del sillón como impulsado por un resorte, salvó la mesa y cayó como un tigre sobre Stan Quincey.

El *gángster* apretó el gatillo unas décimas de segundo antes de que el rubio le cayese encima y le derribase al suelo.

Jacky dio un grito y quedó inmóvil, tendido boca abajo.

Alex no pudo saber dónde había sido alcanzado el rubio, pues ya estaba saltando también sobre Quincey, justo en el instante en que éste volvía la «Magnum» hacia él.

El *gángster* disparó de nuevo, pero la bala se incrustó en una de las paredes.

Alex le había sujetado a tiempo el brazo derecho, obligándole a desviar el arma.

Quincey dio un rugido de rabia.

Alex estaba sobre él, luchando desesperadamente por conseguir que el *gángster* soltase la pistola.

Pero no era tarea fácil, pues Quincey poseía una gran fortaleza.

Poco a poco, el *gángster* consiguió doblar el brazo. Estaba tratando de apuntar a Duman.

Cuando parecía que iba a lograrlo, Alex, ayudándose con el cuerpo, consiguió desviar de nuevo el brazo de Quincey.

Justo en aquel momento, el *gángster* apretaba el gatillo y la poderosa «Magnum» vomitó otra bala.

Stan Quincey lanzó un alarido, al recibir el plomo en el pecho.

Instantáneamente, dejó de forcejear.

Cerró los ojos y dobló la cabeza.

Acababa de expirar.

Alex se levantó, jadeante, y se acercó a Jacky.

El rubio seguía inconsciente.

Alex le dio la vuelta.

Jacky estaba herido en un costado, y perdía mucha sangre.

Alex corrió hacia el teléfono.

EPÍLOGO

Jacky Ross se hallaba recostado sobre la cabecera de la cama, hojeando una revista.

No llevaba puesta la chaqueta del pijama, por lo que quedaba totalmente visible el vendaje que le cubría gran parte del torso.

Habían pasado cuatro días desde que Stan Quincey le hiriera en el costado.

Afortunadamente, la bala entró y salió limpiamente, sin causarle ningún destrozo serio, por lo que no hubo necesidad de operarle.

No obstante, aún debería permanecer algunos días más en aquel centro médico.

Y eso era lo que tenía al rubio disgustado, pues se aburría soberanamente allí. Las horas le parecían días, y los días, semanas.

Jacky quería volver cuanto antes a La Chistera.

¡Y más ahora que sabía que el club iba a ser de él y de Alex para siempre, porque Gary Fox había muerto!

No podía olvidar a las chicas del *ballet* Mil Curvas. Ni a las hermanas Venus.

Ni al trío Movimientos.

Jacky arrojó la revista sobre la cama.

—Si al menos fuera el *Play-Boy*... —rezongó.

Consultó su reloj, que descansaba sobre la mesilla.

Faltaban quince minutos para las once.

Las once era la hora de visita.

Alex iría a verle, como todos los días.

Y, como era sábado, llegaría acompañado de Maggie Simpson, la joven de quien Alex aseguraba haberse enamorado de verdad.

Maggie, como casi todo el mundo, no trabajaba los sábados, y ello le permitiría acompañar a Alex al centro médico.

Alex tenía mucho interés en que él la conociera.

Jacky sonrió.

También él estaba deseando conocer a la chica que había logrado cazar a su amigo.

La puerta de la habitación se abrió, dando paso a Sally, la enfermera que atendía a Jacky.

Sally era una monada de chica.

Pero Jacky no se alegró de verla.

Casi siempre que aparecía era para pegarle una estocada.

Ponerle una inyección, se entiende.

Ahora había ido a eso, no cabía duda, pues llevaba todo lo necesario en una pequeña bandeja de metal.

—Buenos días, señor Ross —dijo la enfermera, caminando con gracia hacia la cama.

—Buena banderilla —gruñó el rubio, los ojos fijos en la aguja hipodérmica.

Sally sonrió encantadoramente.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien. Pero no será por mucho tiempo.

—¿Por qué dice eso?

—Tú sabes por qué lo digo, Sally.

—No sea quejica, señor Ross.

—Sí, sí, quejica... —rezongó Jacky.

—Ya verá como no le hago ningún daño.

—Eso también lo dijiste ayer, y casi me subí por la pared cuando me clavaste la aguja.

—Hoy se la pondré con todo el cuidado del mundo, se lo prometo.

—¿No es lo mismo si te la pongo yo a ti?

—Usted no sabe poner inyecciones, señor Ross...

—Me esforzaré por hacerlo bien, no te preocupes.

—Es usted quien está herido, no yo...

—Por desgracia para mí.

—Vamos, póngase de lado —indicó la enfermera.

Jacky obedeció, dando gruñidos.

Sally le bajó un poco el pantalón del pijama y pasó el algodón mojado de alcohol por el lugar donde pensaba clavar la aguja.

—¿Listo, señor Ross?

—Sí,

D'Artagnan

—mascullo el rubio.

¡Zas!

—¡Ay! —gritó Jacky.

—No me diga que le he hecho daño, señor Ross...

—¡No, qué va...! —exclamó Jacky, sarcástico—. He gritado de la alegría que me he llevado al ver que la aguja sólo me producía un ligero cosquilleo en la mejilla.

—¿En la mejilla?

—En la mejilla trasera, se entiende.

La enfermera rompió a reír.

—¡Qué gracioso es usted, señor Ross!

—¿Sí, verdad? —Gruñó Jacky.

—Quieto, no se mueva, que voy a inyectarle el líquido.

—Vacía, vacía esa jeringa de caballo, anda.

Sally le inyectó el líquido, sacó la aguja y volvió a pasar el algodón mojado de alcohol.

—Ya está, señor Ross —dijo, subiéndole el pantalón.

Jacky se volvió, haciendo una mueca de dolor.

Miró a la enfermera, ceñudamente.

—¿Sabes dónde estarías tú bien, Sally?

—¿Dónde?

—¡De banderillero, en la cuadrilla de Paco Camino! ¡O en la de Palomo Linares!

La enfermera volvió a reír.

—¡Es usted tremendo, señor Ross! —dijo, y caminó hacia la puerta, saliendo de la habitación.

Poco después, entraban Alex Duman y Maggie Simpson.

—¿Cómo va eso, socio? —preguntó Alex, acercándose con Maggie.

Jacky no respondió.

Estaba mirando, como embobado, a Maggie Simpson.

—Tenías razón, Alex... —murmuró segundos después—. Es una joven preciosa.

—Sabía que te gustaría —dijo Duman.

—Me alegro de conocerte, Jacky —sonrió la joven, tendiendo su mano al rubio.

—Y yo a ti, Maggie —respondió Ross, estrechándosela.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, gracias.

—¿De verdad te sientes mejor, Jacky? —preguntó Alex.

—Sí. Tengo unas ganas locas de que me den el alta. ¿Cómo va todo por La Chistera?

—Estupendamente, Jacky.

—Estoy deseando volver por allí.

—Yo también estoy deseando que vuelvas, Jacky.

—Lo sé.

—Y Maggie.

—¿También Maggie? —sonrió el rubio.

La joven asintió con la cabeza.

—¿Sabes por qué, Jacky? —preguntó ella.

—¿Por qué, Maggie?

—Porque Alex y yo queremos casarnos, pero no podemos hacerlo mientras tú estés aquí. Tienes que quedarte al frente del club, hasta que Alex y yo regresemos de nuestro viaje de bodas...

Jacky abrió mucho los ojos.

—¿Es eso cierto, Alex?

Alex rodeó los hombros de Maggie.

—Sí, Jacky, nos vamos a casar —confirmó, y acto seguido besó a la que muy pronto iba a ser su esposa.

—¡Enhorabuena a los dos, muchachos! —exclamó Jacky, muy alegre.

De pronto, se puso serio.

Acababa de sentir un aguijonazo en la «mejilla trasera».

Justo donde la enfermera le había puesto la inyección.

—Maldita sea... —rezongó, tocándose la nalga con cuidado—. ¿Cuántas estocadas me dará todavía esa condenada de Sally, antes de que me largue de aquí?

Alex y Maggie, que habían escuchado las palabras del rubio, rieron alegremente.

Jacky acabó por unir su risa a la de ellos.

FIN

¡LORENA

ES UN ÁNGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE LA VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON ÉL!
¡AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OPROBIO Y LA DESHONRA MAS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN
TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA SE-
MANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMAS,
Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CUAL-
QUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y
CES, A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

[1] «Tiempo de verano». < <